

Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Larry Hutton

La puerta



EDICIONES FORUM

ASTRI



TERROR

LARRY HUTTON

LA PUERTA



LA PUERTA

LA PUERTA

© LARRY HUTTON

Texto

©

Cubierta

1.ª edición: mayo de 1992

Esta publicación es propiedad de

EDITORIAL ASTRI, S.A:

Secretario Coloma, 121, bajos

08024 - BARCELONA

ISBN: 84-169-0030-0

Depósito legal: 20.975 - 1992

Imprime CRONION

Tel. 336 42 13

08004 Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

1

No era la primera vez que Sidney Scott visitaba el Reino Unido.

Ni sería la última, por supuesto, si todo marchaba bien.

Pero es que las cosas empezaron a ir mal desde el principio, desde el mismo momento en que el avión despegó de Nueva York.

El vuelo se inició con un retraso de dos horas por razones técnicas, en las cuales podía incluirse desde una avería en el aparato a la posible resaca del comandante.

Posteriormente, ya en pleno Atlántico, el aparato tuvo que desviarse un tanto de la ruta para soslayar una inesperada zona de turbulencias.

—No fumen y abróchense los cinturones, por favor —recomendó una de las azafatas.

— ¡Vamos a estrellarnos! —exclamó la mujer gorda que iba sentada junto a Sidney Scott—. ¿Por qué se me ocurriría emprender este viaje en martes y trece? Después de todo, no me corría tanta prisa aceptar la invitación de esos sobrinos míos que residen en Londres.

—No se preocupe, señora —se creyó Scott en la obligación de tranquilizar a su compañera de viaje—, le aseguro que todo irá perfectamente.

—Pero nos han dicho que nos abrocháramos los cinturones, ¿no es cierto?

—Una simple precaución.

— ¿Usted ha volado muchas veces?

—Algunas.

—Yo es la primera vez que tomo un avión. Y de no haber insistido tanto mi sobrino en que fuera a visitarle, ahora estaría tomando tranquilamente el sol en Miami, que es donde pensaba pasar mis vacaciones, y no a bordo de este inseguro artefacto, que se va a caer de un momento a otro.

—Le aseguro que sus temores son infundados, señora.

—No sé por qué George tuvo que casarse con esa inglesa.

— ¿George?

—Mi sobrino —aclaró la gorda—. Ocupa un cargo en la embajada de nuestro país en el Reino Unido.

— ¡Ya!

—Es un muchacho excelente, pero un tanto alocado. ¿Por qué

razón tuvo que enamorarse de esa extranjera?

—Como buen diplomático, para mejorar nuestras relaciones internacionales, supongo.

—¿Se burla usted de mí? —se le quedó mirando la mujer.

—No, por supuesto —mintió descaradamente Sidney Scott, confiando que a su compañera de viaje le diera por quedarse dormida de un momento a otro.

Pero no sucedió así.

—¿Conoce usted Londres? —preguntó ella.

—Un poco.

—No creo que me guste.

—¡Oh!

—Y tampoco me gusta el té.

—No todos los ingleses toman té, señora.

—Mi sobrino sí, y eso que no es inglés; por la influencia de su joven esposa, supongo. ¿Por qué se casaría con ella?

—Me temo que no estoy en condiciones de responder a esa pregunta; solo George puede hacerlo.

—Sí, claro.

Y añadió, mientras sacaba de su bolso un cartucho de caramelos:

—¿Quiere uno?

—No, gracias —rechazó Sidney Scott.

—¿Va usted de vacaciones?

—No.

—Ya me parecía a mí. Londres no es un lugar adecuado para ir de vacaciones.

—Voy a un congreso de Medicina.

—¡Oh! ¿Es usted médico?

—Sí.

—¡Bendita casualidad! Precisamente hace unos días que noto un dolor aquí, en el lado derecho. Seguramente tengo el bazo inflamado.

—El bazo está en el lado izquierdo, señora.

—¿Está seguro? —se desconcertó la gorda.

—Por lo menos, así figura en los libros de Anatomía. Pero como la moda cambia continuamente, es posible que esa glándula endocrina se lleve ahora en el lado derecho y no en el hipocondrio izquierdo.

—No creo que este sea mi caso.

—Entonces, cabe suponer, amiga mía, que a su bazo no le ocurre nada.

—Si es así, ¿qué es lo que me duele?

—Pues...

—Es un dolor intermitente, ¿comprende? Una especie de opresión que...

La gorda le fue dando la tabarra durante todo el viaje; solo le dejó

en paz al final del mismo, vencida por el sueño, cuando ya estaban llegando a Londres.

— ¡Buena le espera al pobre George! —se dijo Sidney Scott—. A los pocos minutos de tenerla alojada en su casa, ya estará arrepentido de haberla invitado.

El avión, a pesar de la neblina, tomó tierra sin novedad.

Sidney Scott, después de recuperar su escaso equipaje en la terminal, salió a la sala de espera.

— ¡Vaya! —exclamó, un tanto disgustado—. Es extraño que el doctor Adams no haya venido a recibirme, tal como me prometió.

Un hombrecillo vestido de negro, calvo, con un diminuto bigote debajo de su chata nariz, se acercó al médico americano.

El tipejo se quedó mirando al recién llegado viajero con sus ojillos redondos de dilatada pupila.

— ¿El doctor Scott? —preguntó.

—Sí.

—Me envía el doctor Adams.

— ¡Oh! Muy amable. Ya empezaba a pensar que mi ilustre colega se había olvidado de...

—El doctor Adams es un sabio —dijo el hombre vestido de negro—, pero no tiene nada de distraído. Lo que ocurre, doctor, es que su eminente colega, el doctor Adams, está enfermo:

— ¡Vaya! Nada grave, supongo.

—Una ligera indisposición.

—Me imagino que estará bien atendido.

—Por supuesto —dijo el tipejo vestido de negro mientras se hacía cargo de la ligera maleta del doctor Scott—. No hay nada que temer, el doctor Adams, siempre que está enfermo, nunca comete la temeridad de recetarse a sí mismo.

Scott no logró averiguar si el enviado de su colega hablaba en serio o en broma.

Optó por suponer lo primero, pues el hombrecillo que ahora caminaba delante de él, cargado con la maleta, no tenía el aspecto de ser muy amante de humorísticos sarcasmos ni zumbonas cuchufletas.

Un Bentley negro, de un modelo algo anticuado, esperaba en la zona de aparcamiento de pago del London Airport.

El tipejo colocó la maleta en el portaequipajes y luego abrió la portezuela que daba acceso al asiento posterior del vehículo. Se hizo a un lado y dijo:

—Suba, por favor.

—Si no le importa —rechazó la invitación el médico americano—, preferiría sentarme junto a usted.

—Es que yo...

— ¿Está al servicio del doctor Adams?

—En efecto. Soy una especie de...

—De hombre para todo, ¿no es eso?

—Así es.

— ¿Cómo se llama usted?

—Sockley, doctor.

—Pues bien, Sockley: si no tiene ningún inconveniente, me sentaré delante.

—El doctor Adams me advirtió que le tratara a usted con la mayor deferencia.

— ¡Bah! Soy un hombre sin prejuicios.

Poco después, el Bentley, conducido por el taciturno Sockley, abandonó el aeropuerto para tomar una de las carreteras que conducen al condado de Surrey.

Fue entonces cuando...

2

Sidney Scott no había notado anteriormente el peculiar olor que despedía la encanijada humanidad de Sockley; pero ahora, al viajar junto a él en el interior del vehículo, era del todo punto imposible no dejar de percibirlo.

No era un olor desagradable, pero sí un tanto extraño.

— ¿Han llegado ya los otros participantes en el congreso? — preguntó Scott.

—Usted es el primero, doctor.

—Sí, ya lo supongo; las sesiones no se iniciarán hasta dentro de cinco días. Pero el doctor Adams me rogó que adelantara mi viaje.

Sockley asintió.

Conducía con mucha calma, sin forzar en ningún momento la marcha, como si tuviera todo el tiempo del mundo para llegar a Albury Hill, lugar donde iba a tener lugar el congreso.

Los participantes, algunos extranjeros, se alojarían en el único hotel de aquella pequeña localidad situada cerca de Guildford, perdida en medio de una serie de desiguales colinas.

El doctor Gilbert Adams vivía en una antigua casa de la calle principal del pueblo.

Hubiera podido alojar a su colega y amigo americano en su modesta morada, pero se abstuvo de hacerlo para no suscitar la envidia profesional de los otros congresistas.

No podía hacer distinciones.

A Sidney Scott no le importaba tener que alojarse en el hotel, lo mismo que los otros. En realidad lo prefería así, ya que de ese modo tendría más libertad de movimientos.

— ¿Cómo es ese hotel? —preguntó de pronto a Sockley.

—Antiguo.

— ¿Muy antiguo?

—Fue construido hace unos cien años, en el mismo lugar en que estuvo «La Corona de Hierro», una posada en la que se detuvo una noche el rey Enrique VIII cuando se dirigía a Hampton Court.

— ¿Qué le ocurrió a la posada?

—Fue destruida por el fuego purificador de los partidarios de Cromwell, por considerar que su dueño simpatizaba con la causa de

Carlos Estuardo.

— ¡Oh!

Sockley se permitió una sonrisa.

—Pero no debe preocuparse, doctor Scott —dijo—: el «Corona de Hierro» es ahora un hotel muy tranquilo.

—Y cómodo, supongo.

— ¡Ejem! —tosió el tipejo, mientras tomaba una de las curvas de la carretera a paso de tortuga—. Eso depende.

— ¿Qué quiere decir?

—Que si el cliente no es muy exigente, la comodidad de nuestro único hotel local puede ganar muchos enteros.

—Comprendo.

—Claro que en su caso...

— ¿Qué?

—Bueno, ya se sabe que los americanos...

— ¡Oh! Aunque tenga que pasar por ser la excepción que confirma la regla, debo decirle que yo soy muy poco exigente.

— ¡Magnífico! —exclamó el enviado del doctor Adams—. Entonces, todo irá bien. No obstante, no vaya a suponer que el «Corona de Hierro» es una especie de tugurio despreciable. Tiene cierta clase, se lo aseguro.

— ¡Oh!

—Incluso dispone de baño en todas las habitaciones.

— ¿De veras? —ironizó Sidney Scott—. ¡Es verdaderamente maravilloso!

Si Sockley captó la intención burlona de las palabras del médico americano, no lo demostró.

Cuando llegaron a Albury Hill era ya de noche.

Las calles del pueblo aparecían completamente desiertas, como si todos sus habitantes se hubieran ido a dormir. Pero no era así, ya que la mayoría de las ventanas estaban iluminadas.

El Bentley entró en la calle principal.

—Me gustaría hacerle una visita al doctor Adams —dijo Sidney Scott.

Sockley no respondió.

El enlutado tipejo siguió con la mirada fija, observando atentamente la desierta calle, como si temiera la súbita aparición de un inesperado obstáculo.

Una precaución del todo inútil, ya que el lugar aparecía tan sosegado y tranquilo como el interior de un cementerio.

Ni el salón de lectura de una biblioteca pública hubiera estado tan solitario como la calle principal de Albury Hill en aquellos momentos.

— ¿No me ha oído? —insistió Sidney Scott.

— ¿Cómo? —se sobresaltó Sockley.

—Le rogué que se detuviera en casa del doctor Adams.

— ¡Oh!

El médico americano se quedó un poco sorprendido, pues hasta aquel momento no había notado ningún síntoma de sordera en su acompañante.

Sockley, como si adivinara lo que estaba pensando Scott, aclaró:

—Me ocurre al atardecer.

En realidad, tal manifestación aclaraba muy poco.

— ¿Qué es lo que le ocurre?

El tipejo se tocó el oído, sosteniendo el volante con una sola mano.

— ¿No oye bien?

—Durante el día sí, doctor Scott, pero al hacerse de noche, las cosas se complican.

— ¡Vaya!

—El doctor Adams dice que es un caso de hipoaudición nocturna.

—Nunca oí hablar de nada semejante.

—Es algo de tipo nervioso, supongo.

—Señor Sockley...

—Dígame, doctor Scott.

El médico americano había levantado un poco la voz, procurando modular bien las palabras.

— ¿Me oye usted bien?

—Perfectamente.

—En tal caso, le repetiré que...

—No lo creo conveniente, doctor Scott.

— ¿Qué es lo que no cree conveniente?

—Que nos detengamos en casa del doctor Adams; le han recomendado un reposo absoluto.

Scott le miró con extrañeza.

— ¿No me dijo que su dolencia no era grave?

—Eso aseguró el médico.

— ¿Qué médico?

—El que le atiende, por supuesto. Reside en Sutton Place, pero eso no le impide ser un profesional competente.

— ¿Y le ha recomendado reposo absoluto?

—En efecto; pero solo hasta mañana.

— ¡Vaya! Además de un excelente médico, mi ilustre colega de Sutton Place debe de ser profeta.

— ¿Por qué?

—Porque sabe de antemano que su paciente se encontrará mañana tan restablecido, que ya no necesitará del reposo absoluto. ¡Qué curioso!

—No estoy capacitado para opinar sobre eso.

Sockley cambió de marcha cuando el Bentley inició la subida por una empinada calle que terminaba casi en lo alto de la colina.

—El doctor Adams ya se habrá dormido —dijo—. Es natural que usted se crea obligado a ir a saludarle. Es un deber de elemental cortesía. Pero Albury Hill no es Londres, ¿comprende?

—Sospecho que, efectivamente, Albury Hill no es Londres.

—En el campo nos acostamos muy temprano.

—Una costumbre muy sana.

—Pero, si de todos modos insiste en ir a ver al doctor Adams, yo...

—No, no; lo dejaremos para mañana.

—Es lo más prudente —aprobó Sockley—. Usted habrá ya descansado de su largo viaje y el doctor Adams se encontrará en condiciones de...

—No hablemos más —le interrumpió Sidney Scott.

El tipejo había detenido el coche frente a la entrada de un vetusto edificio de tres pisos, de un estilo indefinido, pero con ciertas pretensiones arquitectónicas.

Sockley y el doctor americano descendieron a la vez, cada uno por su lado.

Había luz en la planta baja del edificio, pero nadie salió a recibirlos.

—En esta época del año reducen el personal de servicio —dijo a modo de excusa Sockley—. Entre usted, por favor, mientras yo me encargo de sacar su maleta.

Sidney Scott subió los tres escalones de piedra que conducían a la entrada y empujó la maciza puerta que daba acceso al amplio vestíbulo del hotel.

Fue como si, de repente, hubiera entrado en otra época.

El vestíbulo tenía la impresionante majestad de la nave de una catedral; unas lámparas de hierro forjado pendían del techo, pero solo a modo de adorno un tanto pretencioso, ya que la escasa iluminación del lugar procedía de unos apliques colocados en las paredes.

Unos largos divanes y algunos butacones eran lo más destacado del mobiliario.

Sidney Scott se encaminó hacia el mostrador de recepción. La muchacha que estaba detrás del mismo no encajaba en aquel ambiente; su lugar hubiera estado en una *boîte* o en un bar de camareras.

La mirada del médico americano se posó antes que nada en sus senos, rotundos y desafiantes, que amenazaban con escaparse al menor movimiento del generoso escote de su blusa.

—Dígame, señor —le sonrió ella.

—Es el doctor Scott —dijo en aquel momento Sockley, que acababa de entrar con la maleta.

— ¡Oh! —volvió a sonreír la muchacha—. Sea usted bien venido, doctor Scott. Yo misma le acompañaré a su habitación, pues ese holgazán de Smith nunca está en su sitio.

— ¿No he de firmar en el libro de registro? —preguntó el americano.

—Dejaremos esas formalidades para mañana, doctor —respondió ella, tomando una de las llaves del panel.

Salió de detrás del mostrador, esbelta y cimbreante como una sílfide, y dijo, haciendo ademán de agarrar la maleta que Sockley había dejado en el suelo:

— ¿No tiene más equipaje?

—No —respondió Sidney Scott—. Pero yo mismo lo llevaré.

Por fortuna, el «Corona de Hierro» disponía de ascensor.

—Hasta mañana, señor Sockley —dijo el médico americano antes de introducirse en la mal iluminada cabina de aquella especie de rudimentario montacargas.

—Le deseo un buen descanso, doctor Scott —replicó el tipejo con expresión indefinible—. Vendré a buscarle a media mañana para conducirle a casa del doctor Adams.

— ¡De acuerdo! —sonrió Scott, haciendo un gesto con la mano—. Y gracias por todo.

Una vez los dos en el interior de la cabina, la muchacha cerró las puertas enrejadas y pulsó el botón del último piso.

Si ese último piso hubiera sido el de un rascacielos de Manhattan, el artefacto hubiera tardado varias horas en llegar a su destino.

Pero el «Corona de Hierro», por fortuna, solo tenía tres pisos.

Una vez en el alfombrado pasillo, la muchacha avanzó lentamente delante de Scott hasta detenerse ante la puerta de la habitación número 14.

Metió la llave y abrió.

La habitación no estaba del todo mal. Los muebles eran antiguos, las cortinas que cubrían la ventana de un color granate algo desvaído, las alfombras desgastadas y el papel de las paredes con algunas manchas de humedad, pero el conjunto tenía cierto calor humano.

No parecía la habitación de un hotel.

—Esta puerta comunica con el baño —señaló la muchacha.

— ¡Perfecto! —exclamó Sidney Scott.

Pero no miraba en dirección a la puerta del baño, sino directamente al generoso escote de la chica.

Ella, consciente de la impresión que estaba causando en el nuevo huésped, se apartó los rubios cabellos de la frente y volvió a sonreír.

Pero, en esta ocasión, la sonrisa fue del todo insinuante.

Sidney Scott no era un puritano, pero dejó la cosa para otra ocasión.

Lo que ahora verdaderamente deseaba era comer algo y luego tenderse en aquella acogedora cama para descansar de las fatigas del viaje.

Ya tendría ocasión algún otro día de comprobar si la rubia era tan asequible como parecía dar a entender.

Albury Hill era una pequeña localidad, donde todo el mundo se conocía, y cualquier indiscreción por parte de la joven recepcionista podría ponerle en ridículo o comprometerle ante sus colegas y el mismo doctor Adams.

Sidney Scott dejó la maleta sobre la cama y abrió la cerradura.

— ¿Quiere que le ayude a deshacer el equipaje? —se ofreció la muchacha.

—No, gracias.

El médico sacó su cartera.

—Por favor —rechazó ella con un gesto, adivinando la clara intención del americano—. No es necesario.

— ¡Oh! —se quedó un poco cortado Scott.

— ¡Buenas noches! —se despidió la rubia—. Smith le subirá la cena dentro de un rato.

—De acuerdo —respondió Scott.

Y como todavía tenía la cartera en la mano, se apresuró a guardársela con la misma expresión de un niño cogido en falta.

Cuando la muchacha se hubo marchado, un extraño perfume quedó flotando en la habitación.

— ¡Diablos! —olisqueó Sidney Scott.

Era el mismo olor ocre y exótico que despedía el tipejo que, desde el aeropuerto, le había conducido hasta Albury Hill.

3

— ¡No está mal! —exclamó Sidney Scott.

El cuarto de baño, al igual que la atractiva rubia que estaba al cuidado de la recepción, no se adaptaba al añejo y apolillado ambiente del «Corona de Hierro».

El lugar, aunque de reducidas dimensiones, ofrecía, mediante una estudiada e ingeniosa distribución de todos sus elementos y adminículos, una funcional comodidad.

En la bañera, apta solo para enanos, Scott tendría que meterse con las piernas dobladas; pero del grifo del agua caliente manaba realmente agua caliente, y el radiador colocado en un rincón cumplía perfectamente con su cometido.

Sidney Scott se desnudó y se metió debajo de la ducha.

A sus casi cuarenta años, el médico americano conservaba toda la apostura de un muchacho de veinticinco; era alto, delgado y su cuerpo presentaba esa musculatura armónica que se adquiere mediante la constante práctica de la natación.

No era extraño que la rubia recepcionista se hubiera sentido atraída desde el primer momento por el nuevo huésped llegado a aquel apartado rincón de Surrey desde el lado del Atlántico.

¿Pero era realmente así?

Mientras Sidney Scott permanecía bajo el chorro de la ducha, la muchacha estaba hablando con Sockley.

Y el médico americano se hubiera llevado una gran sorpresa de haber podido escucharles.

—Espero que no se dé cuenta de que en el hotel no hay más huésped que él, Akima —decía el tipejo.

— ¿Por qué había de notarlo?

—Es un individuo que hace muchas preguntas...

—Es natural, supongo.

—Me costó mucho trabajo convencerle de que debía renunciar a hacerle una visita de cortesía al doctor Adams.

—Eso hubiera hecho fracasar nuestra misión, Hattusi.

—En efecto —sonrió sin alegría el tipejo, al que la muchacha había llamado con tan extraño nombre—, hubiera descubierto que el doctor Adams está encerrado en un ataúd, velado por sus familiares y

amigos, a la espera de ser enterrado cuando llegue el nuevo día.

—Y entonces...

El hombre prosiguió:

—Entonces, Akima, no hubiéramos conseguido que se alojara aquí, pues no hubiera faltado quien le dijera que este hotel está cerrado desde hace muchos años.

—Espero que no empiece a hacerle preguntas al viejo.

—No temas; le daré las instrucciones necesarias antes de que suba la cena a nuestro huésped. ¿Dónde está ahora?

—En la cocina —señaló la rubia.

Hattusi, el tipejo enlutado que se presentó a Sidney Scott con el nombre de Sockley, cruzó el vestíbulo y entró por una pequeña puerta lateral.

El hombre que estaba colocando unos platos en una bandeja, levantó la cabeza y se quedó mirando al recién llegado con expresión estúpida.

— ¿Está todo preparado? —preguntó Hattusi.

—Sí.

—Ya puedes subir.

—Bien.

—Si ese extranjero te hace preguntas, no debes responderle nada, ¿comprendes?

—Bien —asintió el viejo.

Sidney Scott se frotó enérgicamente todo el cuerpo y luego se puso el batín que había sacado de la maleta.

Cuando salió del cuarto de baño, vio que un hombre de avanzada edad estaba terminando de colocar la cena sobre una mesa de reducidas dimensiones adosada a la pared.

—Espero que todo esté a su gusto, señor —dijo el viejo.

—Sí, sí —respondió con cierta impaciencia el americano—. Por las noches no suelo comer demasiado.

Entró de nuevo en el cuarto de baño, donde había dejado colgada la ropa y salió con la cartera en la mano.

El viejo, al contrario de lo que había hecho la rubia, aceptó la propina.

— ¿Hay muchos huéspedes en el hotel? —preguntó Scott.

El anciano no contestó.

Mientras se guardaba los tres dólares que le había entregado el americano, se encaminó hacia la puerta.

—Buenas noches —dijo.

Y desapareció por el pasillo, arrastrando un poco los pies y sonriendo con expresión bobalicona.

— ¡Vaya! —exclamó Scott—. No parece muy comunicativo.

Apenas probó bocado. En cambio, le hizo los honores a la botella de whisky que formaba parte del contenido de la bandeja.

Había un teléfono encima de la mesita de noche y estuvo tentado de solicitar que le pusieran en comunicación con la casa del doctor Adams.

—No —reflexionó—. Es demasiado tarde.

Y volvió a dejar el auricular en el soporte.

Una vez metido en la cama, Sidney Scott apagó la luz.

La oscuridad no era completa, pues había descorrido las pesadas cortinas y la claridad nocturna entraba por la ventana.

La cama era demasiado alta y eso le produjo cierta incomodidad.

«Me parece que voy a tardar en conciliar el sueño», pensó.

Pero no fue así.

Cuando despertó, tuvo la sensación de que solo había dormido unos instantes.

Pero su reloj de pulsera marcaba casi las cuatro de la madrugada.

El silencio era total.

¿Qué le había despertado entonces?

No tardó en saberlo.

— ¡Maldita sea! —gruñó, sumamente fastidiado—. Me he dejado un poco abierto el grifo de la ducha y el agua gotea.

Cambió de postura, intentando no hacer caso, pero el incesante goteo acabó por ponerle nervioso.

—Tendré que cerrarlo —se dijo.

La habitación se había quedado un poco fría, y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para apartar las ropas de la cama y abandonar la confortable tibieza de las sábanas.

Sus pies buscaron las zapatillas.

Con la bata sobre los hombros, cruzó la habitación y entró en el cuarto de baño.

Le dio al interruptor de la luz, pero esta no se encendió.

Casi a tientas, tanteó la pared hasta encontrar el grifo y lo apretó.

La inoportuna salida del agua se interrumpió inmediatamente.

Cuando volvió a la habitación, notó en el ambiente el mismo olor acre que ya había notado en Sockley y en la rubia del mostrador.

— ¡Diablos! —se dijo—. Sin duda hay alguna fábrica de productos químicos cerca. No puede ser otra cosa. Los habitantes de Albury Hill no lo notan porque ya están acostumbrados. ¿Quién dijo que en el campo se respira un aire más puro que en las ciudades?

El olor, cada vez más penetrante, era una mezcla de brea y de materias aromáticas.

Pero, ¿por dónde entraba si la ventana estaba cerrada?

Tomó la botella de whisky que estaba sobre la mesa y se sirvió un

par de dedos en un vaso.

—Esto es mejor que una píldora para dormir —murmuró.

En el momento de dejar el vaso ya vacío sobre la bandeja, descubrió algo que no había visto antes.

La puerta.

La razón de que le hubiera pasado inadvertida era muy sencilla: aquella puerta no estaba allí anteriormente.

— ¡Es absurdo! —exclamó.

Estaba completamente seguro de que antes de acostarse en la habitación solo existían dos puertas: la del cuarto de baño y la que comunicaba con el pasillo.

¿Cómo era posible que, de repente, como por arte de magia, hubiera aparecido aquella misteriosa puerta?

— ¡Maldita sea! —gruñó.

Sidney Scott se sentó en la cama y se pasó la mano por los revueltos cabellos.

— ¡Al diablo! —exclamó.

También cabía la posibilidad de que no se hubiera fijado en ella.

Toda su atención había derivado hacia la insinuante rubia que le había acompañado a la habitación.

¿Qué importancia podía tener una maldita puerta?

Sin embargo, le molestaba la idea de que no hubiera sido capaz de ejercitar debidamente sus bien probadas dotes de observación.

Su estado de ánimo evidenciaba una molesta alteración de sus facultades mentales, un notable desequilibrio, que no podía achacarse del todo a la fatiga del viaje.

—Calma, muchacho —se dijo.

Hacía un par de meses que había dejado de fumar, pero en aquella ocasión hubiera encendido muy a gusto un cigarrillo.

Necesitaba calmar los nervios.

Había trabajado muy duramente los dos últimos años en aquel maldito hospital de Manhattan para alcanzar el nombramiento de cirujano jefe.

Pero todo había sido en vano.

El viejo McKenton, el jefe de servicios y la máxima autoridad dentro de aquel pequeño mundo de envidias y soterradas intrigas, se había puesto abiertamente en su contra desde el primer momento.

McKenton tenía su preferido, un jovenzuelo recién salido de la Facultad, que iba a casarse con su hija, y que, en circunstancias normales, ni siquiera hubiera sido admitido como descuartizador de reses en un simple matadero.

Pero su futuro suegro había hecho valer toda su influencia, y la Junta le concedió el nombramiento.

La injusticia fue notoria, según admitieron la mayoría de sus

colegas, pero nadie trató de mover ni un solo dedo para remediarla.

Ante los hechos consumados, a Sidney Scott solo le quedaban dos caminos: seguir formando parte del equipo a las órdenes del advenedizo o dimitir.

Optó por lo primero.

Si el nuevo jefe de cirujanos fracasaba, como era de esperar, el mismo McKenton se desprendería de él, como si fuera un nauseabundo montón de infectos desperdicios destinados al incinerador.

Llegado este caso, Sidney Scott pasaría a ocupar, por méritos propios, el cargo que le correspondía en el organigrama del famoso centro médico de Riverside.

Pero la espera podía ser larga.

La invitación del doctor Adams para que asistiera al congreso había llegado con mucha oportunidad.

La Junta del hospital, tal vez para compensarle en parte de la injusticia con que le había tratado, no puso impedimento alguno para concederle una excedencia.

Por añadidura, determinó tomar a su cargo los gastos del viaje.

Un viaje que, en cierto modo, fue considerado por Sidney Scott como si se tratara de unas pequeñas vacaciones.

Aparte de eso, desde el punto de vista profesional, su asistencia al congreso le ofrecería la oportunidad de someter a la consideración de sus colegas británicos su nueva técnica sobre intervenciones abdominales, que no había logrado imponer en su lugar de trabajo, al ser rechazada sistemáticamente por el viejo McKenton.

—Nadie es profeta en su tierra —murmuró Scott, seguro de que iba a encontrar en Inglaterra mayor comprensión que en su propio país.

Reconfortado con este pensamiento, Sidney Scott se sirvió un poco más de whisky.

Al tenderse de nuevo en la cama, lo hizo dando la espalda a la puerta.

A pesar de que el whisky le había animado un poco, sintió algo de frío.

—Hay corriente de aire —gruñó.

Volvió la cabeza, pero comprobó que la puerta estaba cerrada. Sin embargo, una tenue claridad amarillenta se filtraba por debajo de la madera pintada de marrón oscuro.

— ¡Vaya! —se dijo—. Es indudable que el huésped de la habitación contigua tampoco puede dormir.

En el mismo momento en que se tapaba hasta los ojos con las sábanas y adoptaba una postura lo más relajada posible, escuchó una especie de gemido apagado.

Por supuesto, procedía del otro lado de aquella maldita puerta.

Escuchó atentamente, pero el gemido, si es que era tal, no se repitió.

— ¡Al diablo! —exclamó malhumorado—. Si empiezo a preocuparme por todas estas tonterías, voy a terminar neurasténico.

Se durmió, pero...

No fue un gemido lo que llegó a sus oídos, sino una serie de lamentos ahogados.

Por un momento, Sidney Scott, arrancado de su sueño, pensó que la rubia del mostrador había encontrado remedio a sus furores uterinos en brazos de un huésped más complaciente y bien dispuesto que él.

Pero enseguida descartó la posibilidad.

Los entrecortados quejidos no tenían nada que ver con los eróticos desahogos vocales de una ninfómana en celo.

Era como una respiración angustiosa, como el resuello de una garganta que estuviera en dificultades para seguir tragando aire.

Era posible que el ocupante del cuarto vecino se encontrara enfermo.

Si era así, tal vez convendría...

Dudó, pero solo un instante.

Sidney Scott apartó las ropas de la cama y, sin encender la luz, empezó a vestirse; si tenía que atender a alguien, no deseaba hacerlo en paños menores. Un médico, indudablemente, debe presentarse siempre con cierta dignidad.

Los gemidos del otro lado de la puerta habían cesado. Pero, a juzgar por la claridad que se escapaba por debajo de la puerta, el ocupante de la otra habitación permanecía en vela.

Si había sufrido un ataque, era evidente que necesitaría una ayuda inmediata.

Scott se acercó a la puerta y la empujó.

Estaba cerrada.

— ¡Eh! —llamó con los nudillos—. ¿Hay alguien ahí? ¿Se encuentra usted enfermo?

Silencio.

Sidney Scott se sintió un poco ridículo; enojado consigo mismo, golpeó la puerta con el puño.

Había llegado demasiado lejos para dejar las cosas como estaban.

— ¡Abra! —ordenó, volviendo a golpear la madera con el puño cerrado.

Ya era una cuestión de amor propio.

Hubiera sido más cómodo y pertinente llamar al conserje, en el caso de que lo hubiera, pero mandó al diablo toda elemental prudencia.

Si se trataba de algún borrachín que había sobrepasado sus posibilidades, lo metería debajo de la ducha y luego le sacaría a patadas todas las excedencias étlicas que debía haber almacenado en el cuerpo.

Tal vez aquellos gemidos no fueran más que los primeros espasmos de un vómito que no acababa de producirse.

Pero ahora no se oía nada.

¿Valía la pena insistir? ¿No se estaría comportando como un estúpido?

Cabía en lo posible que el fulano que estaba al otro lado se tomara a mal su intromisión.

«Mi casa es mi castillo», dicen los ingleses. Y el aforismo, ¿por qué no?, podía sin duda aplicarse a la habitación de un hotel.

De pronto, se escuchó un rumor de pasos.

— ¡Eh! —gritó Sidney Scott—. Si necesita usted ayuda, responda, por favor.

Súbitamente, algo estalló delante de él, dejándole completamente ciego.

— ¡Maldita sea! —exclamó.

Una mano lo agarró por el brazo, brutalmente, sin ningún miramiento, y lo atrajo hacia el interior de la habitación vecina con inusitada fuerza.

— ¡Por todos los diablos! —rechazó violentamente Scott a su aprehensor.

Intentó abrir los ojos, pero no pudo.

Una bola de fuego brillaba delante de él, privándole de toda visión.

— ¡Apague ese foco, diablos! —se encolerizó Sidney Scott.

Pero, en realidad, él ya sabía que no se trataba de un foco ni de una luz «normal»; ni siquiera un arco voltaico hubiera podido producir aquella deslumbrante claridad.

De repente, la luz se apagó.

Pero, ¿se había apagado en realidad o bien la oscuridad que le envolvía era producto de su ceguera?

Suspiró aliviado al observar que las tinieblas iban siendo reemplazadas por una lechosa penumbra.

— ¿Qué clase de broma es esta? —inquirió.

Pensó que la pregunta era del todo estúpida, ya que estaba completamente seguro de que no se trataba del juego de un bromista.

No se le ocurría ninguna explicación razonable a todo aquel absurdo misterio, pero empezaba a intuir que, a partir de aquel

momento, su inmovible racionalismo iba a tener que sufrir algunas modificaciones.

Siempre se había reído del empirismo de algunos de sus colegas, que admitían cierta dualidad en el plano metafísico, y creían en la existencia de seres y fuerzas que no pueden ser definidos por los sentidos.

«—Creeré en tales fenómenos —solía decir en tono irónico— cuando mi bisturí pueda cortar algo más que vísceras, músculos y tendones.

Lo que le estaba ocurriendo solo podía ser el producto de una vulgar pesadilla.

Pero no pudo aferrarse a esa tranquilizadora idea por mucho tiempo.

No estaba soñando.

Y tampoco podía ser una alucinación producida por el whisky, del que en modo alguno había abusado.

Solo había bebido un poco.

Pero, ¿no podían haber vertido alguna droga en el líquido que contenía la botella?

Una sombra se movió delante de él.

— ¿Quién es usted? —preguntó.

—No temas —le dijo la sombra.

— ¿Tú? —exclamó Sidney Scott al reconocer a la rubia del mostrador de recepción—. ¿Qué significa esto?

Todo tenía explicación.

La muchacha, víctima sin duda de una neurosis sexual de tipo esquizofrénico, estaba pasando por una de las fases agudas de su enfermedad.

—Ven —dijo ella.

Sidney Scott se acercó a la muchacha, consciente de que cualquier actitud de rechazo no haría más que exacerbar su morbosó estado de hiperssexualidad.

La joven llevaba una túnica transparente de color blanco y emanaba de ella aquel extraño perfume enervante y pesado, que ya conocía.

—Me llamo Akima —dijo.

— ¿Akima?

—Sí.

— ¿Por qué no enciendes la luz?

—No es necesario —respondió ella, tomando al médico americano del brazo—. Yo te guiaré.

—Pero...

—No temas —le tranquilizó Akima—. Mientras yo esté a tu lado, no te ocurrirá nada.

— ¿A dónde vamos?
—Lejos, muy lejos.
No había duda de que estaba loca.

Sidney Scott buscó a tientas el interruptor de la luz, pero no lo encontró.

Aunque la oscuridad reinaba en la estancia, Scott pudo percibir una ligera claridad frente a él, proveniente de lo que parecía la salida de un largo túnel.

Era indudable que no estaban en una habitación, sino en un pasillo; pero no era el mismo que él había utilizado para entrar en su cuarto.

—Ven —repitió Akima.

Los dos avanzaron por el tenebroso corredor, cuyas paredes se iban estrechando cada vez más.

— ¿Vamos a salir fuera?

— ¿Fuera?

—Fuera del hotel, quiero decir.

—Ya no estamos en el hotel, Sid.

Solo su madre y algunos amigos íntimos le llamaban con aquel diminutivo.

Insistió:

— ¿Dices que ya no estamos en el hotel?

Ella no contestó.

Después de unos minutos de caminar en silencio, Sidney Scott decidió que había llegado el momento de tomar la iniciativa.

Aunque su especialidad no era la Psiquiatría, sabía que no era conveniente llevar la contraria a los psicópatas hipomaníacos; con todo, no dudaba de que podría encontrar el medio de controlar la situación.

Sidney Scott se detuvo.

—Hay que darse prisa —le apremió ella.

—Sí, por supuesto —respondió él—. ¿Pero no sería mejor regresar a mi habitación?

—No, no —le agarró la muchacha del brazo—. El faraón está esperando.

— ¿El faraón?

—Sí.

En el supuesto de que a Scott le quedara alguna duda sobre el precario estado mental de la rubia, esta se desvaneció por completo en aquel instante.

¿Cómo era posible que semejante perturbada pudiera ocupar el cargo de recepcionista en un hotel?

Un hotel que, por cierto, tampoco parecía muy normal.

—Akima... —empezó a decir Sidney Scott—. ¿Puedes decirme...?

—Tenemos que darnos prisa —le interrumpió ella—. Ya te he dicho anteriormente que el faraón nos espera.

— ¿Qué faraón? —le siguió la corriente Scott.

Ella respondió:

—Amenofis, el que se llamado también Ekhnatón, en honor del dios Atón.

— ¿Y dices que nos espera?

—Sí.

Sidney inquirió:

— ¿Dónde?

—En Akhetatón, la nueva capital construida en la llanura de Hermópolis, donde solo se venera al dios único, el sol, fuente de vida y padre de las otras divinidades.

Sidney Scott siguió opinando que era preferible no hacer objeción alguna a las disparatadas fantasías de aquella pobre loca. Cabía la posibilidad de que se tratara de un trastorno pasajero. Si aquel largo corredor terminaba en el pequeño jardín del hotel, Akima tal vez reaccionaría favorablemente, aceptando la realidad.

Buscaría la oportunidad de administrarle un sedante y la dejaría en manos del viejo conserje del hotel.

Luego, al día siguiente, hablaría con el doctor Adams del caso, y este, con mayor autoridad y conocimiento de causa, tomaría las medidas oportunas para que aquella infeliz muchacha fuera tratada del modo adecuado.

Era de suponer que tuviese familia en el pueblo.

A pesar de que avanzaban con cierta prisa, todavía no habían llegado al final del corredor.

Scott se había ido acostumbrando a la oscuridad y pudo advertir que las paredes del pasadizo no eran lisas, sino que presentaban una superficie húmeda y rugosa.

Eso, junto al suelo resbaladizo, le dio la impresión de que deambulaban por el interior de una cloaca.

Esa impresión se hizo más patente cuando descubrió la presencia de varios roedores de singular tamaño, como los que abundaban en las alcantarillas.

Akima no parecía asustada por la proximidad de aquellos repugnantes bichos.

De pronto, el túnel desembocó en una inmensa caverna.

— ¡Diablos! —exclamó Scott.

En el centro de aquella tenebrosa cueva brillaban las oscuras aguas de un lago.

El cieno se agitó, surgiendo del pantano unas monstruosas formas

de color verdoso.

— ¡Deteneos! —gritaron con voz gutural las horribles criaturas, alzando sus garras, terminadas en unas afiladas uñas.

Akima avanzó hacia el borde del cenagoso lago.

— ¡Marchaos! —gritó—. Volved al abismo y no os interpongáis en nuestro camino.

— ¡Dios mío! —se estremeció Sidney Scott—. ¡Ya no hay duda de que ese maldito whisky estaba drogado!

Pero él siguió avanzando.

— ¡Deteneos! —abrió su enorme boca uno de los monstruos acuáticos—. Anubis, el que tiene forma de chacal, no desea que el hechicero del futuro cruce la ciénaga que conduce a la otra orilla.

Akima contestó airada:

—Atón es más poderoso que Anubis y la magia de los falsos sacerdotes de Tebas nada podrá contra nosotros.

—Te equivocas —replicó el monstruo—. Los servidores de Amón no han nacido con estiércol en los pies como los sacerdotes que rodean al tirano en Akhetatón, y los antiguos dioses seguirán protegiendo a nuestro pueblo.

—Los viejos dioses han muerto —dijo Akima.

— ¡Mientes! —rugió la siniestra aparición, mientras los otros seres braceaban en el barro.

Una radiante bola de fuego brilló en lo alto de la caverna, sembrando la confusión entre los monstruos, que, lanzando agudos chillidos, se sumergieron, buscaron refugio en las profundidades del lago.

Sidney Scott estaba tan aturdido, que no opuso ninguna resistencia cuando Akima le tomó de la mano.

—Vamos —dijo ella.

Una fuerza misteriosa obligó al americano a obedecer.

Akima apartó unos juncos de la orilla y mostró a su compañero una pequeña embarcación de forma alargada.

—Sube —le ordenó.

En circunstancias normales, Sidney Scott nunca hubiera aceptado semejante imposición.

Pero no podía rebelarse.

— ¿Adónde me llevas? —se limitó a preguntar—. ¿Qué es lo que pretendes de mí?

Se refugió en la idea de que estaba viviendo un sueño, una absurda pesadilla. Sin embargo pronto tuvo que admitir que no era así.

Lo que le estaba ocurriendo era real; fuera de toda lógica, por supuesto, pero real.

También llegó al convencimiento de que no se trataba de una

alucinación provocada por la ingestión de alguna droga.

Su mente estaba conturbada y confusa, pero perfectamente lúcida.

Todo «aquello» estaba ocurriendo.

La caverna era auténtica, lo mismo que el siniestro lago por el que ahora se deslizaban a bordo de una ligera piragua, que Akima impulsaba con una larga pértiga.

Sidney Scott, sentado en el otro extremo de la embarcación, observaba en silencio a la muchacha, cuya grácil figura, apenas velada por la transparente túnica, resaltaba en la fosforescente claridad que provenía de la todavía lejana orilla.

Todo era oscuro, gris y negro, sin ningún matiz de color.

Pero, paulatinamente, a medida que la barca avanzaba, el paisaje fue adquiriendo mayor relieve y colorido.

El lago se fue ramificando en varios canales, en cuyas orillas crecían innumerables juncos.

Sobre los dos viajeros ya no existía el techo de la caverna, sino un cielo tachonado de estrellas.

Al fondo, sobre las ondulantes dunas, se levantó el astro de la noche, cuyos rayos se reflejaron sobre las tranquilas aguas del canal.

El viaje terminó en un pequeño embarcadero, donde esperaba otra nave de mayores dimensiones.

Scott no se resistió cuando Akima le condujo a bordo de la nueva embarcación, invitándole a sentarse en la toldilla de popa.

A una señal de la muchacha, los ocho fornidos remeros negros que ocupaban los laterales de la nave empezaron a mover rítmicamente los remos.

Era indudable que no estaban en Inglaterra.

Las siluetas de unas pirámides se levantaban en la margen derecha del río, ancho y caudaloso.

— ¡Egipto! —exclamó Sidney Scott.

—Sí —sonrió Akima.

—Pero, ¿cómo es posible?

—Nada es imposible para los sacerdotes de Atón.

— ¿Son ellos los responsables de que yo esté aquí, viajando a través del tiempo y del espacio, sometido a tu voluntad?

—Sí.

—En tal caso, debo admitir que su poder es muy grande. Sin embargo, ahora ya no existen y su nombre se ha borrado para siempre bajo el polvo de los siglos.

—Te equivocas.

— ¡Bah! ¿Acaso pretendes hacerme creer que el dios al que sirven es tan poderoso que les ha concedido la inmortalidad?

—No, pero ahora viven, extranjero, porque este es su tiempo.

Cuando tú dejes de ser un viajero llegado del futuro, cuando regreses a tu época y a tu mundo, entonces podrás decir que los sacerdotes de Atón, el faraón Amenofis y todos los habitantes de Akhetatón, de Tebas y de los pueblos y ciudades del valle del Nilo, ahora vivos, no serán más que cenizas y olvido.

— ¿Y tú?

—También estaré muerta.

—Pero...

Akima sonrió con tristeza.

—Si los hechiceros de Atón pueden hacer que tú viajes al pasado, nada les impide lograr que una esclava del faraón viaje hacia el futuro para ir en tu busca.

—Pero...

—No te inquietes, extranjero, pues estás bajo la protección de Amenofis, el poderoso entre los poderosos, que ahora recibe el nombre de Ekhnatón, es decir, el que es grato a Atón, dispensador de vida.

— ¿Debo considerarme su huésped?

—Sí.

Sidney adujo:

— ¿Y si yo no aceptara esa hospitalidad?

—Nadie puede negarse a someterse a los deseos del faraón, el hijo del Sol.

—Yo no soy uno de sus súbitos.

—Ahora sí.

— ¡Maldita sea! —se rebeló Sidney Scott—. Puesto que nadie me ha consultado por lo que respecta a emprender este viaje a través del tiempo, no puedo considerarme un huésped de tu poderoso señor, sino su prisionero.

—Serás tratado con todos los honores.

— ¡Al diablo con eso! —se levantó Scott de los mullidos cojines que ocupaba junto a Akima.

—No te enfades —le sonrió ella.

El médico americano se quedó de pie, agarrado a la barandilla de popa, contemplando la blanquecina estela que dejaba la embarcación en el agua.

Akima se colocó a su lado.

—No creas que has conseguido engañarme —dijo Scott.

— ¿Engañarte?

—Sí —se volvió iracundo hacia ella—. Yo no estoy aquí, sino en la habitación del hotel. Y no he cruzado jamás aquella puerta...

— ¿No?

— ¡No! Entre otras razones, porque esa puerta no ha existido nunca.

— ¿Vas a negar la evidencia?

— ¿Qué evidencia? Todo esto no es más que un fenómeno de sugestión, una artimaña preparada por alguien con el propósito de ponerme en evidencia ante mis colegas, los otros asistentes al congreso.

—Te equivocas.

— ¡Tonterías!

—Si esto fuera un fenómeno de sugestión, tú no estarías en el trance de sospecharlo, pues permanecerías del todo sujeto a la mente que te hubiera hipnotizado.

—Entonces...

—Estás viviendo algo real, te lo aseguro. No es un sueño.

— ¡Es absurdo! No puedo aceptar que esos hechiceros, por grande que sea su poder, hayan conseguido trasladar a su época a un hombre que está viviendo tres mil quinientos años después de que la dinastía de los Amenofis se haya extinguido.

—Tu presencia aquí demuestra lo contrario.

— ¡Bah! Se trata de una artimaña, de un incomprensible pero sucio y despreciable truco.

— ¿Es que esta embarcación, los sudorosos remeros que la impulsan, los palacios y jardines que se levantan a uno y otro lado del río, no te parecen reales?

—Tal vez lo sean. Pero yo...

— ¿Qué?

— ¡Yo no puedo estar aquí!

—Pero estás, ¿no? —le sonrió Akima.

Sidney Scott golpeó con el puño la policromada madera de la barandilla.

No podía negarlo, en efecto.

Akima le puso la mano sobre el puño que él todavía mantenía cerrado.

Pasaba el tiempo.

La muchacha, a medida que iban llegando al final de tan fantástico y singular viaje, había adoptado una actitud más dulce y melancólica; ya no se comportaba como una hembra insinuante y voluptuosa, sino como una joven tímida y llena de reservada ternura.

Scott pensó que su exagerada agresividad erótica no había sido más que una farsa.

¿Para qué?

Para atraerle con más facilidad hacia aquella puerta, sin duda.

— ¡Maldita sea! —exclamó Scott—. Nunca debí cruzarla.

—Era inevitable —murmuró Akima.

—Sí, tal vez —admitió Scott—. Pero, ¿y si me hubiera quedado en mi país?

— ¡Imposible!

— ¿Por qué?

— Porque aquello que ha de suceder, siempre sucede.

— ¿Y qué sucederá ahora?

— Lo que está escrito —respondió Akima.

La embarcación, empujada por los vigorosos brazos de los remeros nubios, iba remontando lentamente el caudaloso curso del río.

El resplandor del amanecer fue cubriendo de oro los perfiles de los edificios y monumentos de la margen izquierda.

Una bandada de ibis voló sobre sus cabezas.

— Un buen augurio —murmuró Akima.

Y la joven miró esperanzada al horizonte.

En Albury Hill, de acuerdo con las predicciones meteorológicas del día anterior, la mañana había amanecido lluviosa.

El ataúd que contenía los restos del doctor Adams fue sacado en hombros por varios de sus vecinos y amigos y colocado en el interior del vehículo funerario que había de conducirlo hasta el cercano cementerio.

Casi todo el pueblo había acudido a dar la última despedida al anciano médico.

El ama de llaves del difunto, vestida enteramente de negro, fue la última en abandonar la casa del doctor.

La buena mujer cerró la puerta, se metió la llave en el bolso, y luego se unió a la comitiva que ya había empezado a caminar detrás del féretro.

Se dice que los ingleses nunca abren los paraguas por mucho que llueva. Eso tal vez sea cierto en Londres, pero no en el campo, donde las cosas, con mejor lógica y buen sentido que en las grandes concentraciones urbanas, se usan de una manera más racional y adecuada.

Por ese motivo, y porque estaba lloviendo con gran intensidad, los hombres y mujeres que acompañaban al doctor Adams hasta su última morada, abrieron sus paraguas para protegerse de aquel molesto y copioso diluvio matinal.

El vehículo fúnebre, seguido por un verdadero enjambre de paraguas chorreantes, avanzó hasta el final de la calle para adentrarse por el sendero que conducía a una de las colinas, donde estaba el cementerio.

El suelo estaba encharcado y los pies de los acompañantes se hundían en el barro.

— ¡Hum! —gruñó el doctor Lancaster, que había llegado de la vecina localidad de Guildford para asistir al entierro de su colega—. ¿Es que el municipio de Albury Hill no tiene dinero para arreglar este camino?

—Aquí no hay dinero ni para arreglar este camino ni para otras cosas mucho más importantes —respondió el tipo corpulento que iba a su lado.

— ¿Tan mal están las finanzas del Ayuntamiento este año?

—En números rojos desde los lejanos tiempos de la reina Victoria.

— ¿No exagera usted?

—Puedo asegurarle que no.

—Sin embargo, no se precisa mucho dinero para ponerle un piso de asfalto a este sendero de cabras.

—Más urgente es terminar la construcción del campo de deportes.

—No dudo de que un campo de deportes sea algo necesario, amigo mío. Pero este camino...

El otro le atajó:

—No está del todo mal cuando luce el sol.

—Pero los días de lluvia, evidentemente, es una verdadera tormentera.

—Así es; pero como apenas se utiliza...

— ¿Es que solo conduce al cementerio?

—Sí.

— ¿Y dice usted que apenas se utiliza?

—A lo sumo, un par de veces al año.

— ¡Vaya! Gozan ustedes de buena salud, por lo que se ve, ¿eh?

—En efecto.

—Pues, en tal caso —señaló el médico forastero hacia el vehículo que trepaba con lentitud delante de ellos por la cuesta—, mi ilustre colega tendría muy poco trabajo.

—Muy poco, sí. El doctor Adams apenas visitaba a nadie. Casi siempre estaba en Londres, dedicado a la investigación. Hace un par de años fue propuesto para el premio Nobel. Era un verdadero sabio.

—De eso no hay duda.

—Aquí le apreciábamos mucho.

—Ya lo veo —dijo el doctor Lancaster, moviendo la cabeza debajo de su abierto paraguas.

Continuaron caminando en silencio.

—Supongo —dijo Lancaster al cabo de un rato, cuando el coche fúnebre llegaba a la explanada donde se levantaba el cementerio—, que alguien se habrá encargado de avisar a esas eminencias extranjeras que iban a asistir al congreso.

—Creo que sí.

Y añadió mirando fijamente al forastero:

— ¿Usted también estaba invitado?

—No, por supuesto —respondió el doctor Lancaster, mientras sacaba su pie derecho del charco donde lo había metido—. Yo soy un sencillo médico rural.

Había dejado de llover, pero los árboles dejaban caer numerosas gotas de agua de sus mojadas ramas.

La ceremonia fue breve, pero emotiva.

En el momento en que el ataúd era introducido en la fosa, un tímido rayo de sol apareció por entre las algodonosas nubes.

Pero la lluvia volvió a caer poco después, cuando los asistentes al entierro regresaban al pueblo.

Y llovía todavía cuando, al hacerse de noche, una negra sombra avanzó por entre las tumbas, al amparo de las chorreantes ramas.

La embarcación que conducía a Sidney Scott y a la misteriosa Akima abandonó el río y se internó por uno de los canales de la orilla izquierda.

El embarcadero estaba adornado con gallardetes y con guirnaldas de flores.

La nave se arrimó al muelle y los remeros, tras sujetarla con amarras, tendieron una pasarela.

—Hemos llegado —anunció Akima.

Scott descendió en compañía de la muchacha, avanzando ambos hacia la amplia avenida que se prolongaba hasta el horizonte, cerrado por una hilera de amarillentas dunas.

Todos los edificios de la ciudad parecían de reciente construcción y estaban rodeados de jardines.

Una litera esperaba a los recién llegados, escoltada por un grupo de soldados.

—Sube —indicó Akima.

Una vez acomodados los dos en la interior de la lujosa litera, los portadores agarraron las andas y, rítmicamente, con estudiada cadencia, avanzaron por la enlosada calzada.

La ciudad, aunque no construida del todo, era verdaderamente maravillosa.

El templo de Atón, rematado por una alta torre en la que brillaba un gran disco de oro, estaba ya terminado; pero en el palacio del faraón, centenares de esclavos trabajaban todavía en una de las alas del edificio.

Con todo, la ciudad de Akhetatón u Horizonte de Atón, aparecía casi solitaria. Pese a la decisión de Amenofis de convertirla en la capital del reino, muy pocos tebanos habían abandonado la ciudad que hasta entonces había sido el centro del imperio.

Los portadores de la litera habían llegado casi al final de la avenida.

Las puertas de bronce de la gran muralla que rodeaba el palacio del faraón se abrieron de par en par.

El sol caía a plomo sobre el jardín, apenas sombreado por jóvenes palmeras.

Los esclavos se detuvieron frente a la escalinata principal del palacio. El pórtico, sostenido por gruesas columnas de piedra labrada,

estaba muy decorado con pinturas de vivos colores, sin que apareciera en ninguna de sus escenas la menor alusión a las antiguas divinidades del panteón egipcio.

Sidney Scott, escoltado por Akima, subió la escalinata con toda la dignidad que le fue posible.

El joven médico americano había renunciado a encontrar una explicación lógica y razonable a todo lo que le estaba ocurriendo.

Actuaba como un autómatas, dejándose llevar por los acontecimientos, consciente de que nada podía hacer para torcer su rumbo.

Un hombre alto, con la cabeza rapada y vistiendo una larga túnica, esperaba a los recién llegados.

—Es Arkades —murmuró la muchacha al oído de Scott—, el gran sacerdote.

Arkades clavó sus ojos, profundos y siniestros, en el rostro de Sidney Scott.

— ¿Es este el huésped que esperamos?—preguntó el gran sacerdote a Akima.

—Sí —respondió la muchacha.

—Sé bien venido —juntó las manos Arkades sobre su pecho e inclinó la cabeza ligeramente.

—No estoy aquí por mi voluntad —sostuvo Scott la mirada del sacerdote de Atón.

—Lo sé, hechicero del futuro.

— ¿Has sido tú quien me ha obligado a venir?

—Sí —respondió Arkades, inclinando la cabeza—, pero por la voluntad de Ekhnatón, nuestro soberano.

—Eso quiere decir —sonrió Scott con expresión burlona—, que tú no me hubieras llamado.

—No te equivocas, extranjero. Los servidores de Atón no necesitamos la ayuda de nadie para devolver la salud perdida a ningún habitante de esta ciudad. Nuestra ciencia y magia son tan poderosas como las de los sacerdotes de Amón.

—No lo dudo.

Arkades miró hostil al americano y declaró:

—Tú no eres más que un intruso.

—Estoy de acuerdo.

—No podrás triunfar donde nosotros hemos fracasado; de nada sirve la magia de los mortales cuando Atón, el dispensador de vida y creador de todo, ha decidido que alguien debe abandonar este mundo para entrar en el valle de los muertos, donde el sol se refugia después de su ocaso.

Scott respondió con un gesto de asentimiento.

—Todos debemos morir, es cierto.

—Pero el faraón...

—¿Acaso es vuestro soberano el enfermo?

—No, pero sí alguien muy cercano a su corazón; por eso no se resigna a aceptar la voluntad de Atón, extranjero, y nos ha pedido que busquemos en los lejanos días del futuro el remedio a los males de Nefertiti.

—¿Nefertiti? —repitió extrañado el americano.

—Su esposa amada, con la que se casó al subir al trono, después de repudiar a Neker, su primera consorte, que no quiso abandonar el culto de los antiguos dioses.

—¿Qué enfermedad padece Nefertiti?—preguntó Scott.

—Los malos espíritus han entrado en ella; es un mal que no tiene remedio.

El doctor Scott inquirió burlón:

—¿En qué parte de su cuerpo está alojado ese mal espíritu? ¿En la cabeza, tal vez?

—No —replicó muy serio el sacerdote de Atón— Si una de las inmundas bestias de Osiris hubiera depositado su huevo en el cerebro de nuestra soberana, cualquiera de nosotros podría librarla de su mal con una simple trepanación.

—Entonces...

—La pequeña culebra enviada por el señor del reino de ultratumba no ha penetrado por los oídos de Nefertiti, sino por su boca.

—¡Diablos! —exclamó Sidney Scott, sin poder disimular un gesto de repulsión—. ¿Cómo pudo ocurrir eso?

—Se quedó dormida en el jardín, junto al estanque, cuando soplaba el «jansim», el caluroso viento del Sur, hasta el atardecer.

—¡Hum!

—Fue una verdadera imprudencia, pues a esa hora, cuando el sol se oculta, la magia de los sacerdotes de Amón se hace más poderosa.

«La serpiente ha anidado en el vientre de nuestra soberana, debajo del hígado, y ha empezado a devorar sus vísceras. No tardará en morir.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Nada, extranjero; todo es inútil.

—Si es así, ¿por qué me habéis obligado a realizar este absurdo viaje desde el futuro?

—Por orden del faraón, nuestro dueño y señor.

—Yo no soy un mago...

—Pero tus manos han salvado muchas vidas.

—Es cierto, pero...

—¿Qué?

—Es posible que fracase.

Arkades asintió con gravedad y dijo:

—Entonces, extranjero, tú también morirás.

El cuerpo de Nefertiti, la esposa del faraón, estaba tendido sobre un lecho circular, cubierto con una fina sábana de lino, de una blancura que hería la vista.

De un pebetero dorado se escapaba un humo azulado, que subía en suaves volutas hacia el techo.

Una esclava sostenía una jofaina cerca del rostro de la enferma; mientras, otra sirvienta, arrodillada junto al lecho, limpiaba con un lienzo perfumado el sudor de la frente de la hermosa reina.

El rostro de Nefertiti, arbolado por la fiebre, estaba contraído por el dolor.

A pesar de que los rayos del sol iluminaban la lujosa estancia, una lámpara de varios brazos, colgada de una de las policromadas vigas del techo, permanecía encendida.

El faraón, despojado de todos sus atributos reales, estaba de pie junto al lecho.

—Atón, el dios único, aquel que tú has llamado hermoso entre los hermosos, no permitirá que mueras —dijo.

La enferma dejó de gemir y abrió los ojos.

—Tu voz me llega muy lejana, amado de mi corazón —murmuró—, como si ya estuviera en el reino de lo desconocido, junto al gran lago de aguas negras, donde espera la embarcación que ha de conducirme, tras un largo viaje de ultratumba, a la luminosa orilla donde serán pesadas mis acciones buenas y malas.

—No, amada mía —se arrodilló junto a ella el faraón, tomando una de sus manos—; todavía eres demasiado joven para morir. El barquero con cabeza de perro tendrá que esperar todavía mucho tiempo para conducirme a la presencia de Atón, el único dios.

Ella movió la cabeza negativamente.

Murmuró:

—Atón me llama...

—Te equivocas, Nefertiti; Atón no puede desear que tú me abandones, dejándome sumido en una soledad que sería incapaz de resistir.

«Tu tumba no ha sido construida todavía, ni los alfareros han moldeado las figuritas en forma humana que han de acompañarte en

tu viaje al más allá.

«Los obreros que han de embalsamar tu cuerpo en la casa de los muertos no han nacido todavía.

—Voy a morir.

— ¡No! —se desesperó el faraón—. El mismo Atón, cuando ayer se hundía en las arenas del delta, me envió un mensaje: el hechicero del futuro llegará a tiempo para salvarte.

La cortina que había en uno de los laterales de la estancia se abrió con suavidad, dejando paso a Arkades, el supremo sacerdote.

El faraón se volvió hacia él.

—Señor... —se inclinó Arkades, llevándose la mano a la frente en señal de acatamiento.

— ¿Ha llegado?

—Sí, mi señor —respondió el sacerdote.

— ¿Le has dicho lo que esperamos de él?

—Sí.

— ¿Es el mismo que vi en mis sueños?

—Tú mismo podrás comprobarlo, poderoso señor.

El faraón se levantó despacio, con digno continente, esforzándose en adoptar una actitud serena y majestuosa.

—Dile que entre —ordenó.

Arkades desapareció tras la cortina y, al poco rato, volvió a entrar en compañía del médico americano.

Amenofis IV, el que ahora había adoptado el nombre de Ekhnatón, observó con curiosidad al viajero del futuro.

Scott también posó su mirada en el faraón.

—Sí —dijo Ekhnatón—, eres el hombre que vi en mi sueño.

El americano oyó extrañado al faraón.

— ¿Tu sueño? —inquirió Scott.

—Sí —respondió Ekhanton—. Estabas en una habitación de blancas paredes, inclinado sobre alguien que estaba tendido sobre una mesa. Solo vi tu rostro unos instantes, pues te lo cubriste con una máscara, al igual que los otros que te acompañaban. Cuatro soles brillaban en la estancia, colgados del techo. El hombre que permanecía tendido sobre la mesa estaba pálido como la muerte, pero respiraba.

Sidney explicó:

—Estaba dormido.

—Así me pareció —respondió el faraón—. Pero su sueño habría de ser muy profundo, pues permaneció insensible cuando tú le abriste el vientre con aquel cuchillo.

«El hombre no despertó de su sueño cuando tú dejaste de ejercer tu magia sobre él, pero comprendí que acababas de salvarle la vida cuando tus ayudantes, sonrientes, te golpearon amistosamente la

espalda.

—Yo...

—Fue entonces cuando supe que solo tú podías devolver la salud a mi amada esposa, la reina Nefertiti.

Y fue entonces también cuando Sidney Scott prestó su atención a la enferma.

—Voy a examinarla —dijo.

Avanzó hacia el lecho, pero Arkades se interpuso en su camino.

— ¡Espera! —exclamó.

— ¿Qué ocurre?

—No puedes tocarla, extranjero.

—En tal caso, todos vuestros esfuerzos para conducirme a su lado habrán sido en vano.

— ¿Por qué? —preguntó el sumo sacerdote—. ¿Acaso tu magia es falsa?

Scott replicó con firmeza:

—Yo no soy un mago; solo médico.

— ¿No es lo mismo?

—No.

— ¿Necesitas examinarla?

— ¡Por supuesto! Antes de aplicarle un tratamiento adecuado, he de hacer un diagnóstico exacto.

— ¿Diagnóstico? ¿Qué quieres decir?

—Que he de saber la causa de su enfermedad.

—Ya te la dije.

— ¡Oh! —hizo una mueca Sidney Scott—. Siento un gran respeto por tu eficiencia, Arkades, pero no puedo admitir que sea una serpiente enviada por las malas artes de un hechicero lo que está poniendo en peligro la vida de esta hermosa joven.

— ¿Puede haber otra explicación?

—Sin duda.

—Tendrás que demostrarlo, extranjero.

—Lo intentaré —replicó con expresión decidida Sidney Scott—. Pero, para ello, es preciso que la examine.

— ¡Jamás! —el sacerdote se llevó la mano al puñal que pendía de su costado.

—Pero...

— ¡Sería una profanación!

Sidney Scott se encaró con el faraón.

— ¿Es cierto que me viste en sueños? —preguntó.

—Sí.

—Pues bien, lo que tú presenciaste no fue un acto de magia, como supones, sino una intervención quirúrgica que está al alcance de cualquiera de mis colegas.

— ¿No empleaste la magia?

—No.

—Pero aquel hombre al que tú heriste con el pequeño cuchillo se vio libre de su hechizo.

—No estaba hechizado, sino enfermo.

—Pero sanó gracias a ti, ¿no?

—No hubo en ello ningún mérito —respondió Sidney Scott—. Ya te he dicho que cualquier otro médico pudo conseguir el mismo resultado.

—Es posible —se quedó un tanto pensativo el faraón—. Pero fuiste tú quien apareció en mi sueño.

—No estoy muy seguro de eso.

—Atón aborrece la mentira, extranjero, y yo, que me tengo por su primer servidor, en modo alguno puedo mentir.

—Bueno, yo...

—Durante la época menfítica, cuando se consideraba al faraón como la personificación terrena de Horus, cualquiera que hubiera expuesto sus dudas sobre la veracidad de sus palabras, hubiera sido enterrado vivo en la arena.

—Yo no he dudado de tus palabras, señor —respondió Scott.

—Me pareció entender que sí —dijo el faraón.

—Solo dije que no estaba seguro. Un sueño es algo impreciso, indefinido...

—Ese fue un sueño muy real —replicó el faraón—. Y fue debidamente interpretado por Arkades, el gran sacerdote de Atón.

— ¿Fue él quien te aconsejó que debías enviarme a buscar para emprender este absurdo viaje hacia el pasado?

—Sí —fue la respuesta del faraón.

Sidney Scott observó con cierta admiración al sacerdote. Le había juzgado mal al suponerle un despechado rival. Al parecer, le importaba mucho más la vida de su reina que la pérdida de su prestigio personal.

Sin embargo, ¿por qué se oponía a que la enferma fuera examinada por quien él denominaba el hechicero del futuro?

¿Es que en realidad, después de todo, era un fracaso lo único que pretendía?

Sidney Scott decidió ir directamente al grano.

—Si no puedo examinar a tu esposa —dijo el faraón—, será mejor que me devuelvas al tiempo y lugar de donde partí. Yo no soy un hechicero, que puede actuar a distancia mediante exorcismos y conjuros: soy un médico.

El faraón tomó la mano de Nefertiti.

— ¿Puedes salvarla?

—Lo intentaré.

—Bien —dijo Ekphantón, observando de reojo a Arkades, cuyo semblante expresaba una marcada hostilidad—, es mi voluntad que Nefertiti, mi dulce esposa, sea tratada como cualquier otro de los enfermos a los que tú has salvado la vida.

—Señor... —empezó a decir el sacerdote.

—No, Arkades —levantó su mano el faraón—. Ya no hay privilegios en el Nuevo Imperio. Atón luce para todos.

—Bien, señor —agachó la cabeza Arkades—; como sacerdote del único dios, debo acatar las nuevas leyes. Pero hay una ley que todavía no ha sido abolida.

— ¿Cuál, Arkades?

—La que establece que si un médico asume la responsabilidad de atender al faraón o a los augustos miembros de su familia, pagará con la muerte su fracaso.

— ¿Eh? —Sidney Scott se volvió hacia Arkades—. ¿Qué quieres decir?

—Que si la reina muere —respondió el sacerdote—, tú también morirás.

— ¡Diablos! —exclamó Scott.

La señora Jackson —de soltera Sue Swit— se había casado con Tom Jackson hacia veinte años, cuando este ya ocupaba el cargo de sepulturero y guardián del cementerio de Albury Hill.

La señora Jackson se había acostumbrado inmediatamente a vivir en aquel lugar.

La casa, pegada al cementerio, tenía un pequeño huerto; pero la excelente mujer consideraba todo el recinto como si fuera un jardín de su propiedad.

Las tumbas eran algo adicional, un adorno complementario, que en nada empañaba la belleza de los rosales y de las distintas flores que brotaban de los arbustos que marginaban los senderos.

Nunca, ni siquiera de noche, tuvo miedo a los muertos.

A menudo, en las tardes de verano, se sentaba a coser encima de alguna tumba, bajo la sombra de las acacias y los sauces llorones.

Aquella mañana, mientras estaba en la cocina preparando el desayuno a su esposo, observó, desde la ventana, que este se acercaba a la casa, llevando un azadón en la mano.

— ¡Hum! —se dijo—. Parece un poco preocupado.

En efecto, Tom Jackson, que siempre tenía una sonrisa a flor de labios, entró en la cocina con expresión taciturna y malhumorada.

— ¿Qué te ocurre? —le preguntó ella.

—Nada —respondió él, mientras se lavaba las manos en el fregadero de la cocina.

Sue fue a decir algo, pero esperó a que su esposo se sentara a la mesa.

— ¿Otra vez cereales y huevos fritos? —refunfuñó.

—Siempre has desayunado lo mismo, Tom —respondió ella, poniendo sobre la mesa una jarra de cerveza.

—Pues hoy me apetece otra cosa.

— ¿Qué?

— ¡No lo sé, maldita sea! Pero ya estoy cansado de huevos fritos y de cereales.

—Si me hubieras avisado...

Tom Jackson tomó una rebanada de pan y la introdujo con evidente desgana en la dorada yema de uno de los huevos.

— ¿No tienes apetito? —preguntó ella.

—Sí.

Pero apenas comió.

Por supuesto, ni siquiera probó los cereales; en cambio, como si le devorara una sed abrasadora, vació en un par de prolongados tragos la jarra de cerveza.

—Tom —se sentó Sue frente a él.

— ¿Qué?

—A ti te ocurre algo.

Él se encogió de hombros.

— ¿A mí? —preguntó.

—Sí.

—Ya te he dicho que no me ocurre nada.

—Entonces, querido, no comprendo tu actitud.

— ¿Qué actitud?

—No has probado bocado.

—Ya te he dicho que...

— ¡Bah! Siempre has comido lo mismo para desayunar y nunca te has quejado. Tu falta de apetito, seguramente, se debe a otra cosa.

— ¡Hum! —gruñó el hombre.

— ¿No estarás enfermo?

—No, claro que no.

—Sería muy lamentable que te encontraras mal, precisamente ahora que acabamos de enterrar al único médico que teníamos en el pueblo.

Tom soltó un respingo.

— ¡Maldita sea! —añadió—. Es extraño que hayas mencionado al doctor Adams.

— ¿Por qué? —se extrañó Sue.

—No lo sé —respondió Tom, mirando con melancólica fijeza la vacía jarra—; pero es extraño.

—Yo lo encuentro natural, Tom.

Él enarcó una ceja y repitió:

— ¿Natural?

—Sí, Tom —argumentó la señora Jackson—. Al considerar la posibilidad de que estuvieras enfermo, es lógico que pensara en un médico.

— ¡Oh!

—Y como el doctor Adams es el único que...

— ¡El doctor Adams está muerto!

—En efecto —convino ella, cuya confusión iba en aumento—. Y todo Albury Hill lamenta tan irreparable pérdida.

—Sí, claro.

—Era un hombre muy bueno.

—De eso no hay duda.

—Aunque un poco inquieto.

—¿Inquieto? ¿Qué quieres decir?

—Bueno —murmuró la señora Jackson, haciendo dibujitos con el dedo sobre el húmedo hule que cubría la mesa—, es evidente que, a pesar de sus años, trabajaba sin descanso; no en atender a sus enfermos, precisamente, sino en investigaciones y todo eso. Los periódicos hablaban con mucha frecuencia de él.

—Sí —asintió Tom—. Era un sabio.

Y añadió, después de una corta pausa, sin atreverse a mirar directamente a su esposa:

—¿Tú crees que verdaderamente está muerto?

—¿Quién?

—El doctor Adams.

—¡Vaya una pregunta! Ese médico de Guildford certificó su defunción, ¿no?

—Sí, pero...

—Yo fui a verle, cuando estaba ya metido en el ataúd, y te aseguro que estaba bien muerto.

—Entonces...

—¿Qué, Tom?

El sepulturero se rascó la punta de la nariz.

—No, nada —dijo.

Ella, intrigada y un tanto inquieta, le preguntó:

—¿Quieres un poco más de cerveza?

Tom, por toda respuesta, le alargó la jarra vacía.

La señora Jackson tomó la jarra y se levantó para dirigirse al rincón de la cocina donde tenía el pequeño barril de Ale que le traían directamente de Chertsey cada quince días.

Fue en el mismo momento en que estaba llenando la jarra cuando su marido decidió que había llegado el momento de compartir con la compañera de sus días aquella extraña preocupación que le conturbaba desde buena mañana.

—¿Sabes? —dijo—. Alguien ha movido la losa de la tumba del doctor Adams.

—¿Cómo? —se volvió ella, sobresaltada.

—Digo que la losa estaba torcida, como si alguien hubiera intentado apartarla.

—¿Quién? —se acercó ella a la mesa.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¡Hum! —exclamó la señora Jackson, colocando la jarra al alcance de su marido—. ¿No estarás equivocado?

—¡En absoluto! —replicó el sepulturero—. Recuerda que Stone y ese borrachín de McQwen tuvieron que ayudarme a colocarla. No di

por terminado el trabajo hasta asegurarme de que estaba perfectamente alineada.

—Sí, ya sé que eres un hombre muy meticuloso —admitió la señora Jackson—. Pero como el tiempo amenazaba lluvia, tal vez, con las prisas...

Él golpeó la mesa con el puño exclamando:

— ¡Te aseguro que quedó perfectamente colocada!

—Entonces...

—Alguien la ha movido.

— ¿Para qué? En Albury Hill, que yo sepa, nunca hubo profanadores de tumbas. Además, ¿qué podían encontrar en el interior del ataúd del pobre doctor Adams?

—Pues... ¡Yo que sé!

—Nada de valor, por supuesto. Ni siquiera el traje con que le amortajaron hubiera podido aprovecharse para vestir a un espantapájaros.

Tom Jackson contestó con un gruñido.

—Sí, es cierto.

El sepulturero bebió un buen trago de cerveza antes de añadir:

—Pero tal vez no ha sido un ladrón quien ha movido la losa.

— ¿Quién, entonces?

—El mismo doctor Adams.

— ¿Eh? —se quedó con la boca abierta la Estupefacta señora Jackson—. ¿Estás loco?

—No, pero...

— ¡Por favor, Tom! ¿A estas alturas vas a creer en aparecidos?

—Pues...

— ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando nos casamos y me vine a vivir contigo a este lugar? Cuando me viste cerrar la ventana que daba al cementerio, al llegar la noche, te acercaste a mí para darme un beso y me dijiste: «Sue, ninguno de los que están ahí fuera descansando en sus tumbas se levantará para hacerte ningún daño».

— ¡Hum! —gruñó Tom.

— ¿Fue eso lo que me dijiste?

—Sí, por supuesto.

— ¿Por qué ahora has cambiado de opinión? ¿Puedes explicarte?

—Bueno —volvió a rascarse la nariz el sepulturero—. No es que crea en fantasmas ni en nada parecido, pero...

— ¡Bah! —le interrumpió ella con cierta rudeza—. Deja de imaginar cosas extrañas, Tom, y vete al pueblo a buscar el pedido que encargué en la tienda del señor Hastings.

—Bueno —dijo Tom.

Pero no se movió.

— ¡Vamos! —se impacientó la señora Jackson—. ¿Qué te ocurre

ahora?

—Yo... Yo...

—¿Qué?

—No me gustaría dejarte sola.

— ¡Tonterías! —le agarró ella del brazo—. Vete tranquilo, querido, que yo sé defenderme sola.

—No lo dudo.

Y añadió, señalando hacia la ventana:

—Pero si se trata de uno de «ellos»...

La mujer exclamó, exasperada:

— ¡Deja de decir bobadas! Olvídate de esa losa removida y de todas esas enfermizas fantasías, que no tienen otro origen que el atracón de *pudding* que te diste anoche. Ya te advertí que te haría daño.

Tom protestó débilmente.

—El *pudding* no tiene nada que ver.

—Yo creo que sí. Las indigestiones producen pesadillas...

—Pero esta mañana, cuando descubrí que la losa estaba movida, te aseguro que me sentía bien despierto.

—Tal vez. Pero seguramente ya le habías dado un buen tiento al barril de Ale.

—Solo bebí un par de sorbos de cerveza...

El sepulturero hizo ademán de llevarse a los labios la jarra, pero su esposa se la arrebató antes de que pudiera llevar a cabo su intento, sin mojar siquiera sus labios.

—Pero... —intentó protestar Tom.

—Tienes que conducir —le recordó Sue.

— ¡Bah! Nuestra furgoneta apenas puede alcanzar las treinta millas por hora.

—No sería la primera vez que te salieses de la cuneta.

—Es que la dirección va mal.

—Eso es lo que dices tú.

—Bueno —se alzó de mala gana el sepulturero—. Reconozco que no soy un conductor muy experto.

— ¡Ajá! —asintió la señora Jackson—. Y mucho menos cuando llevas en el cuerpo un par de galones de cerveza.

— ¡No exageres!

El sepulturero entró en el cobertizo donde guardaba la vieja furgoneta.

Poco después, al volante de la misma, cruzaba por delante de la casa y salía al camino que descendía por la colina.

— ¡Ten cuidado! —le había advertido a su esposa.

— ¡Bah! —le vio alejarse la señora Jackson—. Si al doctor Adams se le ocurriera salir de su tumba para hacerme una visita, le convidaré

a una taza de té.

Y añadió para sí, mientras se limpiaba las manos en el delantal:

—Pero, ahora que recuerdo, al doctor Adams no le gustaba el té.

Antes de entrar en la casa, la esposa del sepulturero se encaminó al lugar donde estaba la tumba del médico.

— ¡Hum! —exclamó.

Su esposo no la había engañado; la losa estaba torcida, dejando ver uno de los ángulos del agujero donde estaba el ataúd.

«Todo parece estar en orden» —pensó.

Era indudable que su esposo y los dos estúpidos que le ayudaron habían colocado mal la losa, en su precipitación por terminar lo antes posible su desagradable tarea.

Sin embargo...

La señora Jackson regresó sobre sus pasos y volvió a refugiarse en su cocina.

Nunca bebía tan temprano, pero antes de enfrentarse con su labor cotidiana aquella mañana, tomó la jarra de cerveza que había arrebatado un poco antes de las manos de su esposo y echó un buen trago.

Luego, mientras se limpiaba los labios con el dorso de la mano, echó una mirada al cercano cementerio a través de la ventana.

— ¡Hum! —gruñó, después de soltar un pequeño eructo.

A pesar de su escepticismo, era evidente que no estaba del todo tranquila.

Ella no creía en fantasmas ni en aparecidos, pero...

Sidney Scott examinó con todo detenimiento a la esposa del faraón

A juzgar por los síntomas, el diagnóstico era muy fácil: apendicitis aguda.

—Hay que operar —dijo.

— ¿Operar? —preguntó Arkades.

—Sí.

— ¿Quieres decir con eso que vas a utilizar tu magia para ahuyentar al mal espíritu que ha entrado en su cuerpo?

—En cierto modo, así es.

Y añadió:

—Pero necesito el instrumental adecuado.

— ¿Te refieres a esto? —dijo una voz procedente del fondo de la estancia.

Scott se volvió.

El hombre que acababa de entrar en la estancia, con un pequeño estuche de cuero en la mano, no le era desconocido. Se trataba de Sockley, el tipejo que había ido a esperarle al aeropuerto.

— ¡Sockley! —exclamó con sincera sorpresa el médico americano yendo hacia él.

—Me llamo Hatussi —dijo el hombrecillo.

— ¡Oh! —exclamó Scott, deteniéndose en seco.

Estaba claro que Hatussi, lo mismo que Akima, habían viajado juntos al futuro para llevar a cabo aquel absurdo y fantástico secuestro.

—Bien —tomó el estuche Sidney Scott, que a aquellas alturas ya no se extrañaba de nada—. Pero esto no es suficiente para llevar a cabo la operación.

— ¿Qué más necesitas? —preguntó el sacerdote de Atón

—Anestesia.

— ¿Qué es eso?

—Algo para dormir a la enferma, de modo que no sienta ningún dolor al ser intervenida.

—Eso es fácil de conseguir.

— ¿Cómo?

—Los servidores de Atón solemos hacer trepanaciones para extraer tumores. En los casos en que el paciente está consciente, empleamos la sugestión para dormirle.

—Comprendo —asintió Scott.

El faraón asistía en silencio a la escena, sin dejar de acariciar la mano de la reina que, debido a la fiebre, apenas se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

—Aquí no puedo operarle —dijo Scott.

—¿Por qué? —preguntó Arkades.

—Necesito más luz —respondió el médico—. Además, sería conveniente colocarla sobre una mesa; este lecho tan bajo dificultaría en gran manera mi trabajo.

—Eso puede arreglarse —dijo Arkades.

—Bien —manifestó Scott—. Hay que darse prisa; si se produce una perforación intestinal, los riesgos de que la enferma pierda la vida serán mucho mayores.

—Debes procurar que eso no ocurra, extranjero —dijo el sacerdote de Atón—. Si la esposa del faraón muere, no tendrás ninguna oportunidad de regresar a tu mundo.

—Eso no me parece justo —dijo Scott con tanta calma como le fue posible.

—Es la ley.

—Mi muerte no devolvería la vida a esta mujer.

—Ya lo sé —esbozó una malévola sonrisa Arkades—. Pero si te asusta correr ese riesgo, todavía estás a tiempo de volverte atrás.

—¿Qué quieres decir?

—Que te permitiremos regresar a tu mundo.

Sidney Scott vaciló.

A ningún médico le está permitido abandonar a un paciente a su suerte, en circunstancia alguna, por adversa que sea, pues eso equivaldría a quebrantar los sagrados principios de la ética profesional y los mandamientos del juramento hipocrático.

Pero, en aquella situación, las circunstancias no eran normales.

¿Cómo podía actuar con la necesaria serenidad, cuando pesaba sobre él, en caso de fracasar, una absurda pero evidente amenaza de muerte?

Era necesario decidirse.

Si todo iba bien, la operación no duraría más de una hora. No era la primera vez que Scott operaba de un modo semejante.

En cierta ocasión tuvo que intervenir a un paciente en una lejana granja de Alabama, en medio de una tormenta que había ocasionado un prolongado corte de fluido.

Tuvo que realizar la operación —una apendicetomía— a la luz de dos lámparas de petróleo y empleando solamente anestesia local.

Pero los padres del muchacho, casi un niño, no le habían amenazado con hacerle pagar su posible fracaso con la muerte.

—Adelante —murmuró Scott—. Traslada a la enferma a un lugar adecuado.

El sacerdote de Atón hizo una señal al tipejo enlutado, el cual desapareció inmediatamente.

—Necesitaré agua hirviendo y un hemostático para contener la hemorragia —añadió.

—Bien —respondió Arkades—. Pero no se producirá ninguna hemorragia mientras la enferma esté bajo los efectos del sueño hipnótico.

— ¡Perfecto! —aceptó Scott—. Eso, Arkades, te convierte en mi ayudante.

—Sí —reconoció el sacerdote de Atón—. Pero la responsabilidad será solo tuya.

Sidney Scott se encogió de hombros.

El sol entraba a raudales por una amplia abertura del techo, iluminando la mesa en la que, sobre una sábana de lino, yacía la hermosa Nefertiti.

En la estancia, además de la enferma, solo estaban Sidney Scott, Arkades y Akima.

Una vasija de cobre, colocada sobre un fogón, mantenía en ebullición el agua necesaria para esterilizar el instrumental que el médico había sacado del estuche.

Scott se había colocado unos guantes de goma.

Empleando un pedazo de tela, empapada en yodo, procedió a desinfectar el campo operatorio.

Nefertiti estaba profundamente dormida.

Arkades solo había necesitado un par de minutos para provocar aquel sueño artificial.

Scott tomó el bisturí y, con la misma tranquilidad que si estuviera en un quirófano, hizo una pequeña incisión en el abdomen de la esposa del faraón.

La paciente permaneció tranquila, del todo insensible al dolor.

Con gran sorpresa de Scott, de la herida apenas brotaron unas gotas de sangre.

Separó la incisión con unas pinzas y, tomando de nuevo el bisturí, se entregó de lleno a su trabajo.

—Hemos llegado a tiempo —murmuró—. No existe perforación.

Al cabo de media hora, Scott dejó que Arkades, utilizando el mismo medio de sutura que empleaba en las trepanaciones, cosiera la pequeña herida.

—Si no surge una infección —dijo Scott, despojándose de los guantes—, no tardará en restablecerse.

— ¿Puedo despertarla ya? —preguntó Arkades.

—No —respondió Scott—. Pero es conveniente trasladarla a un lugar más cómodo.

Arkades dio una palmada y entraron cuatro esclavas para hacerse cargo de la reina.

Sidney Scott durmió en uno de los lujosos aposentos de palacio.

Le costó mucho conciliar el sueño, pero al fin sus ojos se cerraron.

Lo último que vio antes de dormirse, fue el cielo tachonado de estrellas que se divisaba por el amplio ventanal de la estancia.

El suyo fue un sueño reparador y tranquilo, que le hizo olvidar por unas horas la pesadilla que estaba viviendo.

Le despertó un rayo de sol y el murmullo de un canto lejano que venía del jardín.

Se vistió de forma apresurada y se asomó al ventanal.

En el jardín, la suave brisa de la mañana mecía las copas de unas cimbreadas palmeras.

En uno de los extremos del estanque, vio al faraón, vestido con una sencilla túnica blanca, de pie, con los brazos abiertos, frente a un obelisco rematado por un disco solar.

Detrás de él, un grupo de sacerdotes, al frente de los cuales estaba Arkades, entonaban un extraño cántico.

— ¡Hum! —murmuró Scott—. Espero que Atón, el dispensador de vida, sea benigno con la chapuza que me vi obligado a realizar hace unas horas.

El canto, lo mismo podía ser un himno de acción de gracias, como un salmo mortuario.

Si Nefertiti había muerto, él no tardaría en acompañarla al mundo del que jamás se regresa.

Pero eso no podía ocurrir.

Sidney Scott conocía lo bastante de la historia del antiguo Egipto para saber que Nefertiti, la esposa de Amenofis IV, había de sobrevivir a su consorte.

Poco después, terminada aquella especie de salutación al sol, el faraón y los sacerdotes abandonaron el jardín.

Una esclava, entrando con una bandeja de comida en las manos, sacó al médico americano de su ensimismamiento.

— ¿Cómo está la reina? —preguntó Scott.

—Duerme todavía —respondió la joven sirvienta.

Sidney Scott se tranquilizó.

Pero se hubiera tranquilizado más todavía si aquella manada de buitres no hubiera estado volando en círculo sobre las palmeras del jardín.

A media mañana, Arkades fue a buscar al que él llamaba hechicero del futuro para acompañarlo a la estancia donde reposaba la reina de Egipto.

Mientras avanzaban por un largo pasillo de decoradas paredes, Sidney Scott preguntó:

— ¿Todo va bien?

—Sí; por la voluntad de Atón, la esposa de mi señor ha sido liberada de su hechizo.

Scott no pudo ocultar una sonrisa burlona.

—Sé lo que estás pensando, extranjero: que fuiste tú quien le devolvió la salud con tu magia.

—Con mi magia no, Arkades; solo con mis pobres conocimientos de Medicina.

—Lo admito —respondió el sacerdote—. Pero tú solo fuiste el instrumento del dios.

—Yo también admito eso.

Y añadió, mirando fijamente a Arkades, que se había detenido frente a una de las puertas, al final del largo corredor:

—Los dos hemos sido los instrumentos de la voluntad de los dioses, Arkades.

— ¿Qué quieres decir? —parpadeó el sacerdote.

—Que todo el mérito no es mío, ya que, sin tu ayuda, tal vez la operación hubiera tenido otro resultado.

— ¿Hablas con palabras de verdad?

—Sí —respondió Sidney Scott—. Y así se lo diré al faraón cuando se digne recibirme.

Arkades parecía un poco desconcertado.

—Eres un hombre muy extraño, extranjero —murmuró.

— ¿Por qué?

—Siempre me mostré hostil contigo...

—Es natural.

—Si envié al futuro a Akima y a Hatussi para que fueran a buscarte, no fue por mi voluntad, sino porque así lo ordenó el faraón.

—Pudiste haber interceptado mi viaje, haciendo fracasar la misión de tus propios servidores.

—Así es —reconoció el sacerdote—. Pero yo no soy un sacerdote de Amón y de los viejos dioses del Imperio Antiguo, sino un servidor de Atón, el dios único. Yo no puedo actuar con doblez, extranjero.

—Yo tampoco, aunque no crea en este dios, que muy pronto será olvidado por tu pueblo.

El semblante del sacerdote se ensombreció.

—Eso último que has dicho se ajusta del todo a la verdad —reconoció—. Esta misma noche he tenido un sueño.

— ¿Un sueño?

—Sí, extranjero. Y en él me ha sido revelado lo que ha de ocurrir en un tiempo no muy lejano.

El americano respondió, displicente:

— ¡Bah! Los sueños...

—Los sueños, no lo dudes, son la sombra de la realidad.

Movido por la curiosidad, el doctor Sidney Scott inquirió:

— ¿Qué es lo que te fue revelado?

—Algo que llenó de amargura y tristeza mi corazón. Vi como el pueblo egipcio destruía el templo de Atón y levantaba en esta misma ciudad las imágenes de los antiguos dioses.

El sacerdote habló con la cabeza baja, con el semblante visiblemente contraído por el dolor y la melancolía.

—El mismo faraón —prosiguió—, que ahora se proclama servidor de Atón, volverá a poner su confianza en los sacerdotes de Amón, traicionando sus propias convicciones.

»Esta ciudad, el Horizonte de Atón, será llamada Tell-el-Amarna, y cederá otra vez la supremacía a Tebas.

»Amenofis morirá, y el joven faraón que le sucederá en el trono, volverá a restaurar el culto de Amón-Ra. Ni siquiera Nefertiti, fiel hasta el fin al dios solar, podrá impedir que Tutankhamon, su yerno, acabe con la reforma que el actual faraón ha querido imponer a su pueblo.

—Todo es mutable —metió baza Sidney Scott.

El sacerdote, como si no le hubiera escuchado, prosiguió su retahíla de lamentaciones:

—Ese aturdido adolescente que se casará con la hija de Nefertiti tendrá un reinado muy corto, pues morirá a los dieciocho años de edad.

»Y ni siquiera la estatua de Isis, colocada en la sala sepulcral de su tumba, podrá impedir que esta sea profanada.

—Arkades —se le ocurrió decir al médico americano—, si puedes leer con tanta facilidad el futuro, ¿podrías revelarme cómo terminará esta extraña experiencia que me habéis obligado a vivir?

—Pues...

— ¿No lo sabes?

—Hasta el momento todo ha salido bien, ¿no?

—Si te refieres a que he conseguido librar a la reina de su dolencia...

—A eso me refiero.

—Sí, pero, ¿qué ocurrirá después?

—El faraón te demostrará su agradecimiento.

—Ese agradecimiento debe hacerlo extensivo hacia ti, Arkades, pues tu ayuda ha sido decisiva. Pero lo que yo quiero saber no es eso.

— ¿No?

—No, Arkades —respondió Sidney Scott—. Y tu reticencia me hace suponer que en mi viaje de regreso tal vez encuentre algunas dificultades.

El sumo sacerdote pareció vacilar.

—Pues...

— ¿No es así? —insistió el americano.

—Confío en que eso no suceda.

— ¿No estás seguro?

El sacerdote desvió la mirada.

— ¿Qué me ocurrirá? —insistió Scott.

—Nadie es capaz de descubrir del todo los secretos del futuro, extranjero. Hay velos que no pueden ser levantados.

—Pero... tú puedes hacerlo, ¿no?...

—Entremos —le atajó Arkades, empujando la puerta.

Nefertiti estaba tendida en el lecho, rodeada de varias esclavas.

El sacerdote indicó con un imperativo ademán que se marcharan. Ellas obedecieron presurosas. Cuando se quedaron a solas, Sidney Scott procedió a examinar a la esposa del faraón, que le acogió con una tranquila sonrisa.

La enferma no tenía fiebre y su pulso era normal.

La herida, con gran asombro de Scott, estaba casi cicatrizada.

— ¡Vaya! —exclamó el médico americano.

El sacerdote, que había advertido la confusión de Scott, se creyó en la obligación de explicar:

—Le apliqué el bálsamo que solemos emplear para curar las heridas de nuestros soldados.

— ¡Hum!

—Es una fórmula muy antigua.

Y añadió:

—Tal vez hubiera tenido que pedirte permiso para utilizarlo, pero no quise importunarte.

—Hiciste bien —le tranquilizó Scott—. Su eficacia es del todo evidente.

Nefertiti se quedó mirando al hombre que había hecho un tan largo viaje para atender a su augusta persona.

—Gracias —dijo.

Luego, volviendo el rostro hacia el sacerdote de Atón, añadió:

—Gracias también a ti, Arkades. Yo...

—No debes hablar, mi señora —respondió Arkades—, pues todavía estás muy débil.

Cuando Scott y el sacerdote abandonaron la estancia, en lugar de utilizar el mismo camino de antes, salieron al jardín para respirar un poco de aire puro.

El calor era sofocante, pero la vegetación que crecía alrededor del estanque proporcionaba al ambiente cierta sensación de frescor.

—Supongo —dijo Arkades—, que estarás impaciente por regresar de nuevo a tu mundo.

—No te equivocas —se le quedó observando Scott—. Todo me habrá parecido un sueño.

—Si quieres aceptar mi consejo, no cuentes a nadie lo que te ha ocurrido.

— ¡Por supuesto que no! —exclamó con impetuosa sinceridad el médico americano—. No quiero que me tomen por loco.

Arkades invitó a su acompañante a sentarse en un pequeño banco de piedra, escondido entre el joven palmeral.

—Solo tendrás que esperar dos o tres días —dijo el sacerdote, poniendo su mano sobre el hombro de Scott.

— ¿Para qué?

—Para marcharte.

—Pero la esposa del faraón...

Arkades retiró la mano que tenía sobre el hombro del médico americano y expresó cierta preocupación en su semblante.

— ¿Está todavía en peligro? —preguntó.

—No lo creo —respondió Scott.

El sacerdote insistió:

— ¿Cabe la posibilidad de una recaída?

—No es probable que se presenten complicaciones —opinó Scott, adoptando un aire profesional, sin duda por la fuerza de la costumbre—. Esa operación es muy sencilla.

—A mí no me lo pareció.

—Se realiza con mucha frecuencia en nuestros hospitales, y cada vez con menos riesgos.

»Como pudiste comprobar, consiste en extirpar esa prolongación delgada y hueca, llamada en nuestros tratados de Anatomía apéndice vermiforme, situada en la parte inferior del intestino ciego.

Arkades asintió.

Los sacerdotes egipcios y los médicos de la época conocían perfectamente las interioridades del cuerpo humano, pues solían hacer

experimentos con cadáveres e incluso practicaban la vivisección en los moribundos para completar sus estudios fisiológicos.

—Si la intervención no se hace a tiempo —siguió diciendo Sidney Scott—, una apendicitis puede resultar mortal, pues puede provocar una perforación.

—Nosotros —dijo Arkades— siempre hemos atribuido esa dolencia a un hechizo.

—No hay tal —sonrió Scott comprensivo—. Es algo muy corriente y natural, en lo que para nada intervienen las malas artes de cualquier hechicero.

Arkades no hizo ningún comentario; al parecer, estaba preocupado por otra cosa.

—Antes me preguntaste sobre tu futuro —dijo después de una larga pausa, evitando mirar a su interlocutor.

—Sí.

El sacerdote murmuró, fija su mirada en las tranquilas aguas del estanque:

—Debes tener cuidado.

Fue el tono de su voz, pausada y grave, lo que sobresaltó a Scott.

— ¿Qué quieres decir?

—Tu viaje de regreso al futuro puede ofrecer algunos peligros —respondió Arkades—. Akima y Hatussi te acompañarán, pero...

— ¿Qué?

—Temo la venganza de los sacerdotes de Amón.

—Yo nada tengo que ver con ellos.

Arkades se pasó la mano por la rapada cabeza.

—Al salvar la vida de Nefertiti —dijo—, te has convertido en el mayor enemigo de esos hechiceros que tienen su nido en los subterráneos del templo de Tebas.

— ¿Por qué? —se desconcertó Scott, pero seguro de que el sacerdote estaba diciendo la verdad.

—Nefertiti ha sido la mayor impulsora de la nueva religión, ¿comprendes? La odian mucho más que al faraón.

— ¿Qué pueden hacerme?

—No lo sé —respondió Arkades.

Pero Sidney Scott, al observarle, tuvo la sensación de que estaba mintiendo.

Alzó la cabeza, asaltado por un extraño presentimiento, y lo que vio no contribuyó a tranquilizarle.

Un grupo de buitres, los mismos de antes, seguramente, seguían volando silenciosamente, en actitud siniestra, recortándose en el azul del cielo.

Aquellos pajarracos le parecieron, más que nunca, unos bichos de mal agüero.

Símbolos o mensajeros de muerte.

Habían transcurrido cuatro días.

Solo cuatro veces había salido y se había puesto el sol desde que Sidney Scott llegara al final de aquel viaje que se había iniciado en Albury Hill, al cruzar aquella misteriosa puerta de la habitación del hotel en que se había alojado.

Scott no había salido del recinto del palacio del faraón, siguiendo el consejo de Arkades, que se había convertido en su decidido protector.

—Es preferible que no te muestres en público —aconsejó el sacerdote de Atón—. Los habitantes de la ciudad se extrañarían de la presencia en sus calles de alguien como tú.

—Es lógico, pero...

—Podrían producirse tumultos.

— ¿Tumultos?

—Sí.

— ¿Por mi causa?

—En efecto.

— ¡Hum! —movió la cabeza Scott—. Se supone que estoy bajo la protección del faraón, ¿no?

—Ciertamente —admitió Arkades—. Pero eso no serviría de mucho en las actuales circunstancias.

— ¿Cómo es posible?

—La autoridad del faraón ya no es la misma de antes; de eso, solo él tiene la culpa, pues ha renunciado públicamente a su origen divino, considerándose un simple mortal, como el más humilde de sus súbditos.

—Comprendo —asintió Scott.

Arkades dogmatizó:

—Solo Atón, el astro dispensador de vida, está por encima de todos.

—Pero aquellos que le han seguido hasta aquí para fundar esta nueva ciudad, es de suponer que son fieles al faraón y al nuevo culto que este pretende imponer.

—Sí, pero entre ellos hay algunos traidores.

— ¿Cómo lo sabes?

El sacerdote de Atón hizo un gesto displicente y explicó:

—Continuamente se producen sabotajes en las obras: andamios que se derrumban, súbitas epidemias entre los obreros, tempestades de arena que sepultan los cimientos de los edificios en proyecto de construcción...

—Todo eso no puede provocarlo la mano del hombre.

—Pero sí la magia de los sacerdotes de Amón.

— ¡Oh! —exclamó con cierto escepticismo Scott—. Yo no creo en la magia.

Arkades se permitió una sonrisa burlona.

— ¿No? —dijo—. Entonces, ¿cómo te explicas tu presencia aquí, extranjero?

—Pues...

—Los humanos suelen despreciar e incluso no creer en la existencia de aquello que no entienden. Lo que no está a su alcance, no puede ser cierto.

—Pero, en mi tiempo...

— ¡Bah! ¿Acaso no hay magos y hechiceros en tu mundo?

— ¡Muchos! —admitió Scott—. Pero yo los considero unos charlatanes sin escrúpulos, que solo se aprovechan de la credulidad e ignorancia de las gentes.

—Siempre ha habido falsarios; pero el poder de los sacerdotes de Amón es real.

— ¿Y más poderoso que el tuyo?

—Sí —reconoció Arkades.

Un poco antes de que el sol se ocultara, Sidney Scott fue llamado a la presencia del faraón.

En esta ocasión, Amenofis, que ahora se hacía llamar Ekhnatón, le recibió con toda solemnidad en el salón del trono, luciendo sobre su persona todos los atributos y adornos de su alta dignidad real y rodeado de toda su corte.

Nefertiti, ya repuesta, ocupaba un sitio junto a su augusto esposo.

Los sacerdotes, al frente de los cuales estaba Arkades, se alineaban a ambos lados del estrado.

El salón, cuyo techo era sostenido por un bosque de gruesas columnas, compensaba la penumbra del crepúsculo con la presencia de innumerables lámparas de cobre colocadas sobre unos soportes de madera tallada.

Scott, impresionado a su pesar, se mantuvo en actitud reverente frente al faraón.

— ¡Acércate! —le ordenó Ekhnatón.

El médico americano obedeció.

—Grande es la gratitud que rebosa en nuestros corazones —dijo

el faraón, señalando con su cetro de oro a la reina—. Quisiéramos retenerte a nuestro lado para siempre, colmándote de honores, pero sabemos que la mejor recompensa que podemos ofrecerte es la de permitirte que regreses a tu mundo.

—Es cierto, majestad —dijo Scott.

—Arkades lo ha dispuesto todo para tu viaje, que iniciarás dentro de poco, cuando Atón se oculte para dejar paso al astro de la noche.

—Bien, señor.

Nefertiti le sonrió.

Su pálido rostro reflejaba una viva emoción y, rompiendo el protocolo, extendió su mano hacia Scott.

—Sé feliz —le dijo.

Scott besó la mano de la reina, mientras el faraón, con un benevolente gesto de despedida, daba por terminada la audiencia.

Arkades en persona acompañó al médico americano hasta la salida del salón.

— ¿Estás preparado? —preguntó el sacerdote.

—Sí —respondió Scott.

Poco después, los dos hombres cruzaron el jardín, ya envuelto por las sombras del anochecer, y cruzando el pequeño bosque de palmeras, salieron a la avenida.

Las calles de la ciudad estaban solitarias.

Cuando los dos hombres llegaron al embarcadero, Sidney Scott subió a la embarcación en la que le esperaban Akima, Hatussi y ocho silenciosos remeros.

Akima le sonrió.

Pero fue la suya una sonrisa triste y melancólica, que causó en Sidney Scott un repentino estremecimiento.

El médico americano tenía el presentimiento de que el viaje de regreso no iba a ser tan placentero como el que le había conducido hasta la nueva capital de Egipto.

La embarcación se separó del muelle, impulsada por los remos, y avanzó por el canal al encuentro del río.

En el embarcadero, la figura de Arkades, envuelta en la penumbra, hizo un gesto de despedida.

Akima tomó a Scott de la mano y le condujo hasta la toldilla de popa.

El médico se tendió junto a ella, sobre unos cojines. De repente, una extraña fatiga le hizo cerrar los ojos.

—Duerme —le susurró la muchacha—. Hasta que lleguemos al pasadizo tenebroso, donde reina el señor del tiempo, nada tienes que temer.

—Yo...

—Duerme, duerme —se inclinó ella sobre Scott.

Y, tiernamente, le besó en los labios.

La luna apareció tras el horizonte de dunas, pero Sidney Scott, vencido por el sueño, ya no pudo darse cuenta de ello.

Un animal nocturno aulló en la lejanía.

Sidney Scott despertó en el interior de una profunda cueva, cuyas paredes emitían una luz verdosa y fantasmagórica.

Estaba solo.

Al incorporarse, sus manos tropezaron con el maletín de cuero donde llevaba el instrumental.

Lo tomó, notando que pesaba más que antes.

La cueva se prolongaba a su espalda y frente a él.

¿Qué dirección debía tomar? ¿Por qué le habían abandonado Akima y Hatussi, que Arkades le había prometido serían sus guías hasta el fin de su viaje?

Pronto lo supo.

Hatussi y la muchacha no le habían abandonado, según pudo comprobar con el horror que es de suponer. Estaban allí, colgados de los pies, pendientes de una gruesa cadena de metal, cuyo extremo superior se perdía en la oscuridad del techo de la caverna.

Sus cuerpos desnudos, cuyas cabezas rozaban el suelo, aparecían cubiertos por unos repugnantes roedores alados, que arrancaban con sus afilados dientes pedazos sanguinolentos de carne.

— ¡Dios mío! —exclamó Scott.

Varios de aquellos horribles bichos, interrumpiendo su macabra tarea, revolotearon a su alrededor en actitud amenazadora.

— ¡Fuera! ¡Fuera! —gritó Scott, sacudido por las arcadas de una incontenible náusea, intentando golpear con el estuche del instrumental a los voraces roedores alados.

Instintivamente, echó a correr hacia adelante, internándose con rapidez en el túnel que se abría ante él.

Los roedores le habían dejado en paz, pero había alguien más, a juzgar por el rumor que escuchó a su espalda.

— ¡No escaparás! ¡No escaparás! —vociferaron a coro varias voces, pertenecientes sin duda a sus nuevos enemigos.

Scott se detuvo, jadeante, volviendo la cabeza.

Unas sombras, cuyo rostro verdoso resplandecía en la oscuridad, se agitaban como demonios enloquecidos.

— ¡Diablos! —exclamó Scott.

Como es lógico, reanudó su carrera inmediatamente, aterrado

ante la angustiosa perspectiva de caer en las manos de aquellas furias horripilantes, lanzadas en su persecución.

En su huida, se golpeó varias veces con los salientes rocosos del pasadizo, cuyas paredes, movidas por una fuerza invisible, se estrechaban cada vez más.

Su corazón latía con fuerza y sus pulmones empezaron a jadear, ávidos de respirar un aire que cada vez se hacía más denso y enrarecido.

Las paredes se iban estrechando, como si pretendieran aplastarle.

Pero no podía retroceder.

Su única esperanza consistía en llegar hasta el final del túnel, donde suponía que estaba aquella maldita puerta que había cruzado unos días antes.

De pronto, el suelo, que se había ido convirtiendo en una plataforma viscosa y pestilente, dejó de sostenerle.

Una demoníaca risa, que parecía salir de todas partes, despertó miles de ecos en la caverna.

— ¡No! ¡No! —casi gimió.

Su cuerpo se fue hundiendo en el barro.

Avanzó unos pasos, braceando en el aire en busca de algún saliente donde agarrarse, pero no lo encontró.

El barro le llegaba ahora hasta la cintura, amenazando con engullirle del todo.

— ¡Dios mío! —exclamó.

En el momento en que aquella húmeda e hirviente envoltura estuvo a nivel de su cuello, una horrible visión surgió frente a él.

Era una cara enorme, como una máscara de carne podrida y sanguinolenta en la que brillaban unos ojos malignos y redondos, iluminados por un resplandor rojizo y parpadeante.

Pero lo más estremecedor era su boca, semejante a la entrada de una inmundia cloaca, que dejaba ver, al reírse, una lengua de color cárdeno y una hilera de dientes puntiagudos, sucios de un sarro verdoso y salpicados de una saliva negruzca con diminutos puntitos blancos.

El aliento de aquella boca era insoportable, como si procediera de la enconada batalla entre los jugos gástricos de un estómago hiperclórico y una tonelada de alimentos en mal estado, deglutidos a toda prisa.

El hecho de que Sidney Scott vomitara sobre aquella monstruosa y gigantesca faz, no truncó la regocijada expresión de que hacía gala.

Una nueva carcajada de la aparición hizo temblar los tímpanos de Scott, como si un hierro al rojo vivo hubiera penetrado en sus oídos.

— ¡Basta! ¡Basta! —suplicó.

Sidney Scott ya no era un hombre, sino un desmadejado pelele;

un animal acosado que era incapaz de comprender y que estaba más allá de lo que a mente humana puede imaginar.

Scott estalló en sollozos.

— ¡No! —gimió, medio ahogado por sus propios vómitos y por el aliento de aquella boca que no cesaba de reírse.

—Cometiste un error al cruzar aquella puerta, hombre del futuro —dijo la espantosa aparición.

Era una reflexión que Scott no se había dejado de hacer a sí mismo desde el mismo instante en que se metió de lleno en aquella fantástica aventura.

—Vas a morir —dijo el espectro.

— ¿Por qué?

—Por enfrentarte a la voluntad de los sacerdotes de Amón, que habían decretado el fin de Nefertiti.

—Soy médico y...

— ¡Debiste dejarla morir! Esa fue tu última oportunidad, hombre del futuro. Pero no supiste aprovecharla. El faraón no te hubiera infligido ningún castigo, pues su corazón es blando como el de una mujer, y te hubiera permitido volver a tu mundo.

—Pero mi deber...

— ¿Qué deber, miserable gusano? No eres más que un intruso.

—Yo...

Era un diálogo absurdo, del todo inútil y fuera de lugar, pero que Sidney Scott se empeñaba en sostener para defender los últimos jirones de su dignidad humana.

La boca del monstruo se abrió de nuevo para preguntar:

— ¿Con qué derecho osaste impedir que la odiosa esposa del faraón herético aplazara su viaje al país de las sombras, escapando así del castigo de Osiris?

Scott no contestó.

— ¡Ja, ja, ja, ja! —se rio el espectro—. No hace falta que hables, pues puedo leer perfectamente en tu mente.

— ¡No admito mi culpa! —se rebeló Scott.

— ¡Silencio, gusano! Los sacerdotes de Amón-Ra ya te han juzgado y han decretado tu viaje al reino de las sombras, donde vagarás eternamente bajo el peso de tu culpa.

— ¡No! —exclamó Sidney Scott.

Pero tuvo que cerrar al instante la boca para que aquel barro viscoso y repelente no entrara en ella a borbotones.

Su cuerpo se hundió en el barro y empezó a caer en un profundo pozo, mientras sus pulmones amenazaban con estallar.

— ¡No! ¡No! —volvió a gritar.

Aquella caída que parecía no tener fin se interrumpió de pronto.

Abrió los ojos, pero tuvo que volver a cerrarlos al instante cegados por aquella luz vivísima que había reemplazado a la profunda oscuridad.

Una mano buscó la suya.

Sidney la agarró con fuerza.

—Ven —dijo una voz con acento compasivo—. Nada temas.

— ¿Ya estoy muerto? —preguntó Scott.

—No —respondió la voz—. Pero es un muerto quien va a devolverte la vida.

Sidney Scott abrió los ojos con cierto temor; pero la luz cegadora ya no le obligó a cerrarlos de nuevo, pues en torno suyo solo reinaba una dulce claridad.

La sombra que avanzaba junto a él señaló hacia el fondo, lejano y confuso, en el que se distinguía un rectángulo oscuro.

¡Era la puerta!

La puerta que comunicaba con la habitación del hotel en que se había hospedado.

Scott se volvió hacia su acompañante con la intención de interrogarle.

Pero, al reconocerle, lanzó una exclamación de sorpresa.

— ¡Doctor Adams!

—Sí, muchacho —asintió su anciano colega, mientras una pálida sonrisa afloraba a sus descoloridos labios.

—Pero...

—Nada temas —le tranquilizó su guía.

— ¿Cómo sabía que yo...?

—Hay muchas cosas que los vivos ignoran, pero que les son reveladas a los que han dejado la vida.

—Pero usted...

—Yo estoy muerto, muchacho.

Scott fue a decir algo, pero su acompañante, empujando la puerta, le hizo cruzar suavemente el umbral.

El médico americano miró, aturdido, a su alrededor.

Era indudable que se encontraba en la misma habitación que unos días antes había abandonado.

Pero los muebles estaban cubiertos de polvo y gran número de telarañas colgaban del techo.

La impresión de soledad y abandono era total.

Parecía que aquella estancia no hubiera sido ocupada en muchos años.

La luz del amanecer entraba a través de los sucios cristales de la ventana, que aparecía sin cortinas.

Scott se volvió hacia la puerta que acababa de cruzar.

¡No estaba allí!

No había el menor vestigio de ella en la lisa pared, que aparecía salpicada, a trechos, de verdosas manchas de humedad.

—Doctor Adams...

Pero el anciano médico tampoco estaba allí.

Sidney Scott salió al corredor, lleno de mugre y de papeles tirados por el suelo.

Al descender al vestíbulo vio que este se encontraba en el mismo estado de abandono.

Descorrió el cerrojo interior de la puerta de salida y se encontró en el jardín.

Pegado a la puerta, por su parte exterior, había un descolorido cartel que decía: CERRADO POR PRÓXIMO DERRIBO.

— ¡Dios mío! —se estremeció.

Al llegar al pueblo, preguntó por la casa del doctor Adams.

— ¡Hum! —le dijo la mujer a la que interpeló—. Es aquella, señor. Pero, sin duda, es usted forastero.

— ¿Por qué?

— ¡Oh! No hay otra explicación para justificar la ignorancia de lo que ha ocurrido. Es evidente que acaba usted de llegar a Albury Hill, pues, de otro modo, sabría que enterramos al pobre doctor Adams hace cinco días.

EPÍLOGO

El avión despegó puntualmente del aeropuerto londinense, dispuesto a cruzar el Atlántico y en pocas horas.

Sidney Scott llevaba por todo equipaje el estuche de cuero que contenía su instrumental.

En Londres le habían entregado un telegrama que le produjo una gran satisfacción.

En el mensaje, la Junta del Hospital le comunicaba que acababa de ser nombrado jefe del equipo quirúrgico.

Era una excelente noticia.

Un buen porvenir se abría ante él.

No obstante, cualquier acontecimiento presente o futuro, por halagüeño que fuera, no le haría olvidar la terrible experiencia que había vivido.

Y mucho menos aquella puerta; la puerta que tuvo la culpa de todo.

Una vez en su casa, Scott abrió el estuche que contenía su instrumental con objeto de colocarlo en la correspondiente vitrina.

Pero el pequeño maletín no contenía lo que imaginaba.

Con el asombro que es de suponer, Sidney Scott vio que estaba lleno de pequeños lingotes de oro.

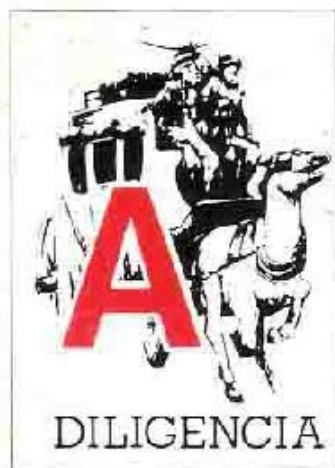
— ¡El regalo del faraón! —exclamó.

Allí estaba la prueba de que su fantástica experiencia no había sido un sueño.

¿Cómo clasificarla, entonces?

Mientras se servía un whisky, se dijo a sí mismo que era preferible olvidarse de todo. Especialmente, de aquella maldita puerta.

FIN



**LA COLECCION
DE LOS MEJORES AUTORES
Y RELATOS DEL WESTERN.
CADA SEMANA EN SU KIOSCO.**

P.V.P. 110 ptas.



Table of Contents

Título página

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

EPÍLOGO